



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

Lynn
Meerchang

**EL DIABOLICO
ESPIRITU
DE HENNESSY**

45 Ptas.



TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

L. MEERCHANG

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I S. B. N. 84-06-03266-9

Depósito legal: M. 38.145 - 1981

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

EL DIABOLICO ESPIRITU DE HENNESSY

Lynn Meerchang

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

DURANTE más de dos semanas, un nutrido contingente de policías registró sistemáticamente el extenso condado de Growberry.

Cualquier observador que hubiera contemplado a aquellos hombres, rudos y avezados, vestidos con gruesas ropas de abrigo y armados de rifles de gran calibre, hubiera llegado a la conclusión de que se trataba de una partida de cazadores.

Nada hubiera tenido de particular, pues en la accidentada comarca abundaban los lobos, zorros e incluso los osos.

Pero en este caso no se trataba de una cacería normal. Porque la pieza que buscaban con evidente interés los policías no era ninguna alimaña, sino una bestia humana.

Quince días atrás se había llevado a cabo un descubrimiento horripilante: en una granja situada a escasos kilómetros de la ciudad, fueron hallados cinco cadáveres mutilados.

Los cuerpos correspondían al matrimonio formado por Erle y Claire Stone y sus tres hijos: July, de dieciséis años y Blaine y Daisy, de doce y diez, respectivamente.

La persona que descubrió el quíntuple crimen era Ted Blasco, un vendedor ambulante que recorría la comarca abasteciendo de víveres y otras vituallas a los granjeros y colonos diseminados por el valle.

Blasco, de cuarenta años, tenía fama de ser hombre animoso, simpático y honesto. Por lo demás, era muy servicial y cumplidor. Incluso en pleno invierno, cuando las nieves difuminaban los caminos y resultaba muy arriesgado rodar a través de las trochas heladas, Ted jamás dudaba en llegar hasta cada casa de campo habitada con el fin de surtir de todo lo necesario a sus clientes.

El día 31 de octubre, el vendedor ambulante detuvo su gran furgón ante la granja de los Stone.

Eran las ocho de la mañana. A esa hora, el corpulento Erle Stone solía estar ya troceando troncos ante el galpón destinado a almacenar la leña.

Pero aquella mañana Erle no estaba a la vista. Después de encender un cigarrillo, Ted Blasco oprimió tres veces el sonoro claxon y esperó a ver salir a la señora Stone, que vendría como siempre acompañada por July, su hija mayor, que solía ayudarla eficazmente en las labores domésticas.

Ted fumó su cigarrillo cachazudamente, pero al comprobar que nadie salía a atenderle, tornó a tocar el claxon.

Fue inútil.

Finalmente, Ted bajó de la cabina y fue a echar un vistazo.

—Quizá fueron a visitar a la anciana señora Stone, la madre de Erle — pensó, mientras caminaba sin prisas hacia las construcciones de la granja.

Se detuvo, estupefacto, al descubrir la camioneta de Erle en uno de los galpones.

Era el único vehículo de que disponían los Stone. Pero sí la camioneta estaba allí, ¿qué medio había utilizado la familia para viajar hasta Growberry, situado a veintiún kilómetros de distancia...?

En la explanada había huellas de cascos herrados. Varias de aquellas huellas estaban impresas profundamente a pesar de que la explanada estaba perfectamente apisonada, lo que le llevó a pensar que alguien había partido al galope de la granja de los Stone.

Con sus pasos aplomados, Ted se dirigió hacia el porche del edificio-vivienda.

—¡Eh, señora Stone! —gritó cuando se aproximó a la puerta.

Nadie contestó a su llamada, por lo que el vendedor ambulante golpeó la puerta con su recio puño.

La puerta se abrió lentamente, permitiéndole ver el corto pasillo. Y algo más: las huellas sangrientas que manchaban el pavimento de madera de eucalipto.

Aunque fuertemente impresionado, Ted avanzó lentamente.

Algo le decía en su interior que en la granja Stone había tenido lugar una tragedia, pero no era hombre Blasco que volviera la espalda a las primeras de cambio.

Las huellas sangrientas cruzaban el salón principal de la casa y se dirigían a la cocina.

En el fregadero, un grifo goteaba lentamente, pero por lo demás todo aparecía en orden. Una cosa era cierta: no parecía que la cocina hubiera sido utilizada aquella mañana para preparar el abundante desayuno que acostumbraban a tomar los granjeros.

Instintivamente, Ted fue a cerrar el grifo que goteaba, pero se detuvo a tiempo. Hasta entonces había evitado cuidadosamente tocar nada dentro de la casa. Incluso había esforzado en no pisar ninguna de aquellas huellas de trazos sanguinolentos —ya secas— que recorrían el piso de la casa.

Siguiendo, pues, el rastro, salió de la cocina y se encontró en un pasillo interior.

Desde allí se divisaba una puerta entreabierta, a la derecha, y la escalera del fondo, que debía llevar a las habitaciones superiores.

Ted empujó la puerta del pasillo con la puntera de su bota y miró dentro con inquietud e interés.

La habitación permanecía en penumbras, pues una gruesa cortina

velaba la ventana del dormitorio.

Distinguió, sí, las sombras más densas de un armario y un tocador. A la derecha, se veía un amplio lecho, pero Ted no pudo establecer si alguien dormía en él o no.

Tras una cierta vacilación, avanzó unos pasos, cruzó el amplio dormitorio y retiró de golpe la cortina, con lo cual un chorro de fuerte luz inundó de golpe el dormitorio.

A la cruda luz de la mañana, Ted contempló, petrificado de espanto, la horrible carnicería.

El lecho de los Stone era un amasijo de miembros descuartizados y ropas de cama empapadas en sangre.

La cabeza de la señora Claire Stone había sido prácticamente separada del tronco de un feroz hachazo, pero la verdad era que todo su cuerpo — semidesnudo— mostraba numerosos tajos profundos, uno de los cuales casi cercenaba su brazo izquierdo por el codo.

En cuanto a Erle...

El rostro del granjero aparecía destrozado a hachazos, irreconocible.

Las numerosas y mortales heridas de ambos cónyuges habían sangrado tan abundantemente que no solo habían empapado el lecho, sino que, además, habían formado sendos charcos de sangre a uno y otro lado.

Era aquella sangre precisamente la que había manchado el calzado del asesino, de modo que sus huellas habían quedado profusamente impresas por doquier, tanto dentro del dormitorio conyugal, como por las restantes estancias.

Ante aquella horrible visión, Ted Blasco fue incapaz de reaccionar por el momento.

Con los cabellos erizados de terror y experimentando fuertes náuseas, el vendedor ambulante comenzó a retroceder lentamente, impulsado por el pánico.

Salió al pasillo, intentó tranquilizarse.

Sabía cuál era su deber: volver rápidamente a Growberry y comunicar su macabro hallazgo al jefe de policía, Tom Sheridan.

Ya se disponía a abandonar la granja, cuando recordó de repente a los hijos del matrimonio Stone.

—¡Dios santo! —murmuró, sobrecogido—. ¿Quizá también ellos...?

Temía plantearse aquella cuestión. De ninguna forma quería admitir que también los niños hubieran sido víctimas de un sádico e inhumano asesino.

—No es posible —pensó—. ¿Quién podría tener motivos de rencor contra unos inocentes niños...?

Aunque todavía le resultaba difícil asimilar el hecho cierto de la tragedia, Ted podía concebir de algún modo que un despiadado criminal —por alguna razón oculta— tuviera motivos de odio contra Erle Stone,

contra su esposa, pero... ¿contra los niños?

Deseó fervientemente que el asesino se hubiera limitado a cometer aquel atroz crimen, que hubiera respetado, al menos, la vida de July, Blaine y Claire.

Los chicos debían dormir en las habitaciones superiores.

—Ojalá sigan durmiendo tranquilamente —deseó Ted Blasco.

Pero no podía correr hacia Growberry y dejar a los niños en la granja. No debía permitir que los niños contemplasen la horrenda visión de los cuerpos mutilados de sus padres.

De modo que, sobreponiéndose al pánico, Ted siguió pasillo adelante y comenzó a subir la escalera de peldaños de madera.

Y entonces advirtió que *las huellas sangrientas le precedían escalones arriba.*

Capítulo 2

EN cualquier caso, el quíntuple crimen de la granja Stone no fue investigado por la policía hasta el día siguiente, primero de noviembre.

Más, para seguir un orden cronológico, diremos lo siguiente: a las cuatro de la tarde del día treinta y uno de octubre, un mecánico llamado Mark Barnett descubrió un furgón volcado al borde del camino.

Barnett se dirigía al rancho Long Pines con el propósito de reparar un grupo electrógeno averiado.

La verdad es que había recibido una llamada telefónica urgente desde el rancho Long Pines. A su dueño, Sam Cannon, le urgía que el mecánico reparase cuanto antes su grupo electrógeno, cuyo servicio era indispensable para los trabajos del rancho.

Como llevaba prisa, Barnett (que conducía una vieja motocicleta «Indian Chief») hubiera pasado de largo, pues imaginó en principio que aquel furgón llevaba largo tiempo volcado en mitad de la pendiente y que, en consecuencia, nadie necesitaba allí de su ayuda.

Pero volvió a mirar el vehículo cuando se alejaba y entonces leyó aquel rótulo pintado sobre las planchas abolladas: «BLASCO, MERCANCIAS».

¿Quién no conocía al servicial Ted Blasco en Growberry?

Comprendiendo, pues, que el accidente sufrido por Ted era reciente, Barnett frenó en seco, dio la vuelta, detuvo su máquina al borde del camino y descendió con cuidado por la pendiente poblada de matorrales.

Minutos después descubría a Ted Blasco, herido e inconsciente, aunque vivo, por fortuna.

Barnett observó que el vendedor sangraba por una herida de la cabeza, cuyos cabellos estaban empapados en sangre. Bueno, la verdad era que la sangre se había coagulado sobre la brecha y la herida no sangraba ya, lo que hizo suponer al mecánico que Ted llevaba varias horas en aquel lugar, inconsciente.

Si sufría lesiones graves, llevarle en la motocicleta hasta la ciudad hubiera sido tanto como matarle.

Por tanto, tras estudiar la situación brevemente, Barnett decidió volver al camino. Arrancó el motor de su «moto» de un fuerte pedalazo y su máquina voló materialmente sobre el camino en dirección a Growberry.

Cruzó la ciudad y se detuvo justamente ante la comisaría.

En pocas palabras, informó acerca del accidente sufrido por Ted Blasco.

Groger, el agente de guardia, se apresuró a telefonar a su jefe, Tom Sheridan.

Un coche policial abandonó el cuartel inmediatamente, seguido de una ambulancia.

El doctor Lowen, en cuanto examinó a Ted, comprendió que su estado era crítico.

—Padece de una conmoción cerebral y sus constantes vitales son mínimas. Hay que trasladarle inmediatamente al hospital —dijo.

Con todo cuidado, Ted fue sacado de la cabina de su abollado furgón y trasladado a la ambulancia, donde el doctor Lowen le puso una inyección. Inmediatamente después, la ambulancia partió y Sheridan y dos de sus agentes examinaron el furgón con curiosidad.

—¿Qué le ocurriría a Ted? —exclamó el joven agente Pollard, intrigado—. El camino no ofrece ninguna dificultad, en este tramo. Y sin embargo, su furgón volcó.

—Ya sabes lo que dicen de Blasco —respondió el corpulento agente Loggan—. Le gusta empinar el codo. Las mañanas son muy crudas y el cuerpo necesita un par de tragos para entrar en reacción. Quizá Ted bebió de más, se descuidó al volante y... ¿Qué opina usted, jefe?

Tom Sheridan se volvió a sus agentes.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, alto y delgado, de facciones cuadradas, muy viriles y un tanto herméticas.

A pesar de su relativa juventud, Sheridan tenía fama de ser un excelente policía, experto en investigación criminal. Obraba siempre de forma reposada y concienzuda, sin atolondramientos.

—Tal vez tengáis razón —asintió, tras unos momentos de reflexión—. Pero hay algo que me intriga sobremanera.

—¿A qué se refiere? —preguntó Pollard, siempre ávido.

—Yo diría que hace muchas horas que se produjo el accidente —observó Sheridan, entornando los ojos—. La herida de Ted había dejado de sangrar y sus cabellos ensangrentados estaban secos. Eso puede significar que el accidente se produjo hace cinco o seis horas.

—¿Y por qué no? —suscitó Pollard—. Pero eso no está en contradicción con la posibilidad de que la causa del accidente fuera el exceso de alcohol ingerido por Blasco.

Pero Sheridan movió la cabeza negativamente.

—Jamás he visto a ese hombre achispado antes del atardecer —dijo—. Razona conmigo, Pollard: si el accidente se produjo entre las ocho y las nueve, Ted no tuvo tiempo material para beber, pues todos sabemos que él se pone en camino hacia las siete y media de la mañana.

—Creo que el jefe tiene razón —admitió el veterano Jeff Loggan.

Sheridan sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Hacía frío y se restregó las manos con fuerza, a fin de hacerlas entrar en calor.

—Pero lo que me intriga no es eso...

—¿Qué, entonces?

—Que Ted volviera tan temprano. Por lo común, abandona Growberry antes de las ocho y no vuelve a la ciudad hasta las cinco o las seis de la tarde, después de haber visitado a los clientes que tiene en su agenda. Sin embargo, está muy claro que Ted volvía a la ciudad —hizo notar Sheridan, pensativo.

Volvió su mirada hacia el furgón volcado y lo examinó sin prisas. De repente, se acercó al vehículo y palpó la rueda delantera de la izquierda.

—Esta pudo ser la causa del accidente —exclamó—. La rueda está pinchada.

Loggan y Pollard se acercaron y comprobaron que el aserto de Sheridan era cierto: el neumático estaba completamente vacío de aire.

—Pero esto no explica por qué Blasco volvió apresuradamente a la ciudad, sin atender a la mayoría de sus clientes —opuso Pollard, tenaz.

Sheridan sonrió.

—Tienes razón. Y no lo sabremos hasta que Ted vuelva en sí. Y ojalá ocurra cuanto antes —respondió.

Observaron, después, que el portón trasero del furgón no disponía de una cerradura o candado a prueba de robos.

Teniendo en cuenta que Blasco transportaba en su vehículo mercaderías por valor de varios miles de dólares, Sheridan opinó que lo más prudente era avisar a una grúa de Growberry, que se encargaría de halar el furgón hasta el camino y remolcarlo posteriormente hasta la ciudad.

Encargó a Loggan que llamase por radio a Growberry para avisar al servicio de auto-grúas y aguardaron allí hasta que llegó el camión de los talleres Goodwin. Luego los mecánicos llevaron a cabo rápidamente la operación de poner el furgón sobre sus ruedas y lo izaron hasta el camino, donde elevaron el puente delantero y lo aseguraron al vehículo-grúa.

Durante toda la tarde de aquel día, Sheridan estuvo en comunicación con el hospital del condado para obtener información acerca del estado de Ted Blasco.

Por desgracia, la respuesta —repetida docenas de veces —era siempre la misma:

—Lo siento, señor Sheridan. Blasco continúa en estado de inconsciencia. Transcurrió la noche y llegó el día de Todos los Santos.

Amaneció una mañana fría y desapacible, con helados vientos racheados que impulsaban a los ciudadanos a buscar el cobijo de sus casas.

A las once de la mañana, Tom Sheridan recibió una llamada urgente del hospital.

Era el doctor Lowen quien hablaba:

—Blasco acaba de recuperar el sentido, hace poco más de media hora —oyó Sheridan—. Ha superado el *shock* y parece que se recuperará en breve,

aunque aún necesitará cuidados. Está... un tanto excitado, y me he tenido que esforzar en tranquilizarle. En cuanto volvió en sí, Ted pidió hablar urgentemente con usted. No sé si estará en sus cabales. Le he oído hablar de un quíntuple asesinato...

Sheridan se apresuró a trasladarse al hospital.

El doctoro Lowen le llevó inmediatamente a la habitación que en la unidad de vigilancia intensiva ocupaba el vendedor ambulante.

En cuanto le vio penetrar, Ted se incorporó, impulsivamente sobre el lecho.

—Tranquílese, Ted —dijo Sheridan, comprensivo—. ¿Qué es eso que tiene que decirme?

Le acercaron una silla y se sentó junto al lecho.

Y allí, sin interrumpirle ni una sola vez, escuchó el impresionante relato de labios del vendedor.

—No quería creérmelo, señor Sheridan, no quería creer que esa bestia humana fuera capaz de hacerlo, de asesinar fríamente a unos chiquillos... Pero el cadáver de July Stone estaba atravesado en la parte superior de la escalera, en cuyo descansillo intermedio se había formado un regular charco de sangre...

Calló para tragar saliva, su respiración se agitó aún más.

—No sé cómo tuve fuerza de ánimo para pasar por encima de aquel pobre cuerpo lacerado y registrar las habitaciones superiores, pero no podía salir corriendo sin comprobar que los otros dos chicos...

Blaine y Daisy Stone yacían en sus camas respectivas.

—El muchacho mostraba el cráneo... hundido —se atragantó Ted—. Y la niña...

Blasco rompió a llorar como un chiquillo, incapaz de seguir describiendo el horror que había vivido en la granja Stone la mañana del treinta y uno de octubre.

Obedeciendo a una señal del doctor Lowen, Sheridan se puso en pie y abandonó la habitación.

El médico se reunió con el policía en el pasillo, un instante después.

—Compréndalo, Tom: no es prudente que se excite más, pues el pobre Ted podría sufrir una recaída. De todas formas, podrá interrogarle más extensamente mañana, si es que Blasco se recobra, como espero —dijo Lowen—. En cuanto a la declaración que acabamos de oír, ¿cree que se trata de algo más que de un delirio? Ted parece trastornado, ciertamente. Pero su historia resulta increíble.

—Mucho me temo que no sea así, doctor. En cualquier caso, lo comprobaremos antes de media hora —respondió el policía.

Por desgracia, Ted Blasco se había limitado a narrar lo que había visto. Y muy por encima, sin detenerse en detalles.

A las doce del mediodía, Sheridan, el doctor Clyde Herman —médico-

forense de Growberry— y seis agentes de policía llegaban a la granja Stone, y descubrían los cadáveres horriblemente mutilados de los cinco miembros de la familia.

Incluso el doctor Herman se horrorizó ante la visión de la espantosa carnicería. Y eso que, según él, habíase visto obligado —por su profesión— a contemplar el resultado de repugnantes crímenes a lo largo de su vida.

También el jefe Sheridan se sintió conmovido, aunque solo el brillo de sus ojos revelase su tenso estado de ánimo.

—Solo una fiera —murmuró, cuando descubrieron los cadáveres de los niños—. Solo una fiera sanguinaria sería capaz de llevar a cabo una matanza semejante.

Enseguida, Sheridan abandonó la casa y volvió a su coche, desde donde hizo diferentes llamadas por radio a Growberry y a los condados vecinos.

Se trataba de iniciar una investigación policial conjunta y de disponer de todos los medios a su alcance para encontrar al asesino (o a los asesinos) de la familia Stone.

De momento, Sheridan hizo venir a la granja a todos los policías a su cargo.

Se rodeó el edificio con una valla y se dividió la casa y sus alrededores en parcelas marcadas con vallas de cuerda, con el fin de facilitar el registro y evitar borrar toda huella.

Después de que los cadáveres fueron fotografiados en diferentes ángulos y obtenido el permiso judicial para levantarlos, los cuerpos fueron introducidos en otros tantos féretros, que se trasladaron directamente al hospital del condado para serles practicada la autopsia.

Sheridan encargó que se obtuvieran unos moldes de las huellas de cascos impresas en la explanada.

Los policías trabajaron incansablemente durante unas ocho horas. Pero el resultado del minucioso registro no fue todo lo fructífero que el jefe de policía hubiera deseado.

En un mueble del dormitorio conyugal del matrimonio Stone fueron hallados mil ochocientos dólares en metálico, lo que incitaba a descartar desde el primer momento el robo como móvil del repugnante quíntuple crimen.

Los expertos en huellas tampoco obtuvieron mucho éxito: no fueron halladas otras impresiones dactilares que las que correspondían a los asesinados.

Tampoco fue encontrada el arma con que se cometieron los crímenes, un hacha bien afilada, según supuso el doctor Herman desde el primer reconocimiento de las terribles heridas y mutilaciones de los cuerpos.

Solo existía un detalle revelador: las huellas de cascos herrados de un solípedo.

Como Erle Stone no poseía ningún caballo o mulo, Sheridan se afianzó a

esta pista desde el primer momento.

A la mañana siguiente, Tom Sheridan se puso al habla con Morris Hawkins, un experto rastreador por cuyas venas corrían unas gotas de sangre india.

Pero cuando Hawkins y los policías se dirigían a la granja Stone, comenzó a diluviar. El formidable chaparrón de aguanieve fue evolucionando durante la mañana hasta convertirse en copiosa nevada, hacia el mediodía.

—Es inútil intentar rastrear —opinó Hawkins, cuando comenzó a diluviar—. La lluvia borrará rápidamente las huellas de los cascos.

Y Sheridan, impotente, hubo de darle la razón.

Su trabajo no iba a ser muy agradable a partir de allí, por lo dificultoso y la escasez de pistas.

¿Qué sabían, en realidad?

Poca cosa: se suponía que solo una persona había bastado para asesinar a una familia formada por cinco individuos. Los cascos de un caballo lo decían claramente.

En consecuencia, Sheridan se puso en contacto con las autoridades de los condados y ciudades vecinas, encareciendo la detención de cualquier solitario que se trasladase a caballo.

En cuanto amainó el temporal de nieve —el día 3 de noviembre cesó de nevar—. Sheridan formó varias partidas de rastreo con sus hombres y les indicó que debían rastrear y registrar todo el condado, a la búsqueda del asesino o de indicios que pudieran arrojar alguna luz sobre el asunto.

Pero ¿por qué imaginaba Sheridan que el criminal era un hombre solitario y no uno cualquiera de los ciudadanos de Growberry?

En primer lugar, porque los Stone no tenían enemigos conocidos. Por tanto, era más lógico imaginar que su asesino era un forastero, un desconocido, que había llegado a la granja casualmente.

En cuanto a los móviles para el quintuple asesinato que hubiera podido tener aquella fiera humana, Sheridan no podía esbozar ninguna hipótesis.

La obra, sensatamente, parecía atribuible a un loco. O a un huido de presidio, un desesperado, un lobo solitario sin el menor vínculo social.

La tarde del día 3, Sheridan visitó a Ted Blasco en el hospital.

El hombre parecía muy recuperado y más tranquilo.

Charlaron durante un rato acerca de aquel asunto y luego el policía comentó:

—Hay algo inexplicable en su accidente, Ted. Me refiero al vuelco de su vehículo. Aunque supongo que su estado de ánimo, tras descubrir los cadáveres, no era el más apropiado para conducir un vehículo a gran velocidad...

—¡No iba a gran velocidad! —protestó el vendedor ambulante—. Precisamente trataba de frenar mis nervios para impedir un accidente. Se

lo juro, jefe: iba a poco más de treinta kilómetros por hora.

—No lo comprendo.

—Ni yo —asintió Ted—. De repente, el furgón se inclinó a la derecha y me fue imposible enderezar el volante. Un momento antes de que mi coche saliese del camino dando tumbos, pensé: «Ha estallado una rueda delantera».

Sheridan le miró fijamente.

—La rueda no estalló, pero estaba pinchada —indicó.

Blasco se agitó, impulsivamente.

—¡Lo sospechaba! En tal caso, no es preciso barrenarse las meninges. Esa fue la causa de mi accidente —exclamó.

Se llevó ambas manos a su vendada cabeza, sonrió y añadió:

—Por fortuna, tengo la cabeza dura y puedo contarlo. Pero esa pobre familia...

Calló, apesadumbrado.

Sheridan se despidió unos minutos después.

Esa noche, un excitado individuo llegó a comisaria.

Era un hombre de cuerpo achaparrado, calvo y malencarado, que vociferaba sin cesar.

Sheridan le llevó a su despacho y le invitó a sentarse, no sin cierta prevención pues aquel individuo llevaba chaquetón y pantalones completamente manchados de lodo.

Cuando el hombre se hubo tranquilizado un tanto, Sheridan dijo:

—Y ahora, Cuéntemelo todo. Pero antes dígame su nombre.

—Ralph Bellamy, del rancho «Pencarrow». Trabajo para el señor Pencarrow desde hace seis años y es la primera vez que... ¡Diablos, todavía no he recuperado el resuello!

Bellamy explicó que aquella tarde había salido del rancho «Pencarrow» conduciendo una vieja furgoneta en dirección a Growberry.

—Se partió el palier de un tractor y el patrón me envió a por la pieza. Conducía la furgoneta por el camino, a unos ocho kilómetros de aquí, cuando surgió ese tipo, que me cortó el camino —rezongó Bellamy.

—¿Quién era ese tipo?

—¡Cómo puedo saberlo...! —chilló el bracero, sobresaltado—. Apareció de repente entre los árboles, galopando como un diablo...

Sheridan se puso sobre aviso.

—¿Dice que ese individuo iba a caballo? —interrumpió a Bellamy.

—¡Sí, señor, a caballo! —farfulló el bracero, tembloroso—. Un caballo enorme, blanco, cuyas crines expandían un extraño fulgor verdoso. Me causó tanta impresión, que sin querer torcí el volante bruscamente y la furgoneta se salió del camino, chocó contra un desmonte y volcó. Pero eso no es todo...

Sheridan se puso impetuosamente en pie.

—Espere —dijo—. Me contará el resto por el camino. Ahora, Bellamy, le ruego nos guíe hasta el lugar donde se produjo el encuentro.

Capítulo 3

LOS neumáticos del «Dodge» *todo-terreno* se afianzaban profundamente sobre el suelo nevado.

Jolly Pollard, que conducía el vehículo, se esforzaba en seguir las huellas de pisadas impresas sobre la nieve.

Eran las huellas de los pies de Ralph Bellamy, el cual se había visto obligado a cubrir ocho kilómetros a pie.

Lo cierto era que el camino vecinal apenas era visible bajo el grueso manto de nieve. Y lo que era peor: había comenzado a nevar en cuanto salieron de la ciudad. Si la nieve seguía cayendo, en poco más de media hora, toda huella quedaría borrada.

—Muy bien, Bellamy. ¿Quiere continuar ahora su declaración? —invitó a Bellamy el jefe Sheridan.

El hombre tragó saliva.

—Me llevé un susto de muerte —confesó—. Imagínense que estaba tratando de abrir la portezuela de la furgoneta volcada, cuando vi que ese loco jinete se abalanzaba sobre mí.

—¿Qué aspecto tenía? —quiso saber Sheridan.

Bellamy se rascó furiosamente sus cabellos. Tenía pegotes de barro reseco en la grisácea pelambrera.

—¿Qué aspecto tenía? —gruñó—. No pude verle bien, porque todo sucedió en unos pocos segundos, pero sí pude ver una encrespada cabellera rojiza, aunque no llegué a contemplar sus facciones, que el cabello sombreaba. ¡Es extraño!

—¿Qué es lo extraño?

—Un faro se rompió y el otro quedó tapado por la nieve, puesto que el vehículo yacía sobre el costado derecho. Quiero decir que no había luz. ¡Y sin embargo yo podía verlo! Era como... como...

—¿Cómo si exhalara luz propia? —le ayudó Sheridan.

—¡Eso es! Como una luz flu... flosos...

—¿Fosforescente?

—¡Sí! Una luz *floflorescente*, rojiza.

—Siga, por favor.

Bellamy se agitó, nervioso.

—Pues poco hay que decir —gruñó—. El tipo cabalgaba hacia mí como una furia. Y cuando se acercó me di cuenta de que blandía una enorme hacha en la mano derecha.

—¿Un hacha? ¿Está seguro?

—¿Cómo no he de estarlo, si la dejó clavada en las planchas de la furgoneta? Ya se convencerán, cuando lleguemos allí —aseguró el empleado del rancho «Pencarrow».

El agente Loggan dirigió una rápida mirada a su jefe.

—Continúe, Bellamy —pidió Sheridan.

—Pues nada, jefe. Que comprendí que o se trataba de un loco o... O de una alucinación. Pero le juro que solo había bebido un par de tragos de *whisky* antes de abandonar el rancho. Y eso por el frío...

—Así que dice que ese individuo le arrojó el hacha.

—¡Como lo oye! —farfulló Bellamy—. Suerte que agaché la cabeza, porque la hoja del hacha quedó hundida hasta el mango en el metal. ¡Fiiiui, si me llega a alcanzar! Me hubiera partido la cabeza en dos fácilmente. Porque supongo que mi cabezota, aunque dura, no tiene la consistencia del acero.

Pollard dejó escapar una corta carcajada y Sheridan sonrió a su pesar.

—Supongo que ese extraño jinete huyó, después de errar el golpe —sugirió el jefe de policía.

Bellamy denegó frenéticamente con la cabeza.

—Cal Estaba allí, a unos metros de distancia, erguido sobre el magnífico caballo, de cuyo pelaje brotaban volutas de vapor verdoso. Yo tenía mucho miedo, pero mi mano tocó casualmente una llave inglesa, la agarré con fuerza y me erguí, dispuesto a escapar con vida como fuese. Cuando logré sacar medio cuerpo a través de la ventanilla, hice lo que pude. Eché el brazo atrás y le arrojé la pesada llave inglesa con todas mis fuerzas.

—¿Y...?

—¡Mala suerte! Solo le acerté en el pecho. De todas formas, el golpe debió hacerle daño, pues escuché un aullido de dolor. Inclinado sobre su montura, taloneó al caballo y se perdió en el lindero del bosque hasta que dejé de verle.

Según Bellamy, había aguardado un buen rato hasta cerciorarse de que el enigmático y peligroso individuo no volvería.

—Así que ya lo saben: cogí el camino y galopé en dirección a Growberry a toda la velocidad que mis piernas daban de sí —terminó su relato Bellamy.

Seguía nevando.

Las huellas de las pisadas de Bellamy eran todavía visibles, pero dejarían de serlo pronto si seguía aumentando la intensidad de la nevada.

—Acelera, Jolly —pidió Sheridan a Pollard.

Diez minutos después, Bellamy dio un grito de aviso.

A unos veinte metros de distancia se veía, volcada, una vieja furgoneta «Mercedes» de color *beige* claro.

—Es esa —afirmó Bellamy.

El «Dodge» salió del camino y descendió la leve pendiente hasta

detenerse a unos metros del vehículo accidentado.

Los potentes faros del vehículo arrancaron destellos irisados del suelo nevado.

Bellamy dejó escapar una exclamación de intensa sorpresa.

—¿Qué ocurre? —preguntó el jefe de policía.

—¡El hacha! ¡Ya no está ahí!

Bajaron del vehículo y corrieron hacia la furgoneta.

Bellamy tenía razón. El hacha no estaba allí, pero sí el profundo corte en el metal, de casi veinte centímetros de longitud y con los bordes doblados hacia dentro.

—¿Quién comprende esto? —gruñó Pollard.

Bellamy giró sobre sí mismo como si buscara algo a su alrededor.

Volvió sobre sus pasos se inclinó sobre la nieve y elevó algo en la mano con gesto triunfal.

Pero no se trataba del hacha, como los policías sospechaban, sino de una gran llave inglesa.

—¡Aquí está! —gritó Bellamy—. ¿Me creen ahora?

Sheridan asintió.

—Eso es una llave inglesa, en efecto —dijo Pollard, burlón—. Pero ¿y el hacha?

Bellamy se encogió de hombros, desconcertado.

—Yo te diré lo que ocurrió, Jolly —intervino el jefe de policía—. El individuo que atacó a Bellamy regresó a por su hacha. Es lógico. El hacha, en nuestro poder, serviría como prueba. Ese tipo comprendió que había cometido un error peligroso y volvió a por el hacha en cuanto estuvo seguro de que Bellamy se había alejado. Apostaría algo a que estuvo acechándole al borde del bosque, oculto por los árboles, hasta que Bellamy desapareció camino de Growberry.

Tomó al bracero de un brazo y señaló el lindero del bosque, a poco más de cien metros de distancia.

—¿Fue hacia allá, hacia donde huyó su agresor, Bellamy? —preguntó.

—Sí, jefe. De allí salió y hacia allá galopó, después de que yo le lanzara la llave inglesa —respondió el empleado del rancho «Pencarrow».

—Subamos al coche y echemos un vistazo —propuso el jefe de policía.

A la luz de los faros, podía distinguirse a simple vista el rastro de las profundas pisadas de un caballo.

Jolly condujo despacio en pos de las huellas hasta llegar al lindero del bosque, donde necesariamente hubo de detener el vehículo *todo-terreno*.

Echaron pie a tierra, penetraron unos metros en el bosque y observaron las huellas, profundas y claras, de cascos de caballos.

—Yo diría que es él —murmuró Sheridan, después de permanecer unos minutos, agachado, estudiando aquellas pisadas.

—¿El? —preguntó Loggan.

—El asesino de los Stone. Observad la anchura de los cascos... Me gustaría tener aquí el molde que sacamos en la granja Stone. Comprobaríamos que son las pisadas del mismo caballo.

—Creo que está en lo cierto, jefe —asintió Jolly—. Las pisadas son idénticas. ¿Ve? Son herraduras absolutamente nuevas, impecables, sin el más ligero desgaste.

Sheridan dirigió una mirada intensa a la tupida floresta.

—Por desgracia, no podremos seguir el rastro desde el coche. Loggan, quédese aquí con Bellamy. Jolly y yo iremos a echar una ojeada a través del bosque —anunció el jefe.

Pidió a Pollard que tomase un par de linternas del automóvil y luego ambos se alejaron entre los gruesos troncos de los abetos.

Media hora después volvieron.

Bellamy y Loggan les aguardaban dentro del coche, pues la temperatura en el exterior era muy desagradable.

—¿Qué...? —preguntó Loggan, cuando el jefe y Pollard se acercaron.

—Nada —respondió Sheridan, disgustado—. Hemos podido seguir las huellas mientras caminamos a través del bosque, pero la colina arbolada termina a poco más de un kilómetro donde existe una amplia ladera lisa de escasa vertiente. Ha nevado demasiado y la nieve ha borrado las huellas al otro lado del bosque. Es decir... Si no las borró el propio asesino. Ya sabéis lo fácil que es borrar unas huellas sobre la nieve: basta arrastrar una rama de pino en pos de uno mismo.

Subieron en silencio al automóvil.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jolly, volviéndose atrás desde su puesto de conductor.

—Volvamos atrás —respondió el jefe—. Por esta noche no podemos hacer más. Mañana, en cuanto amanezca, volveremos y registraremos palmo a palmo esta zona.

Jolly torció el volante y el vehículo volvió lentamente hacia el camino, donde ahora eran fácilmente visibles las rodadas del propio «Dodge».

Durante unos minutos, ninguno de los cuatro hombres pronunció una palabra. Hasta que Jolly lanzó aquella exclamación.

—¿Sabe qué me recuerda este incidente, jefe?

—Dilo.

—La famosa leyenda del «Espíritu Errante de Hennessy» —respondió el joven policía.

—¿De qué se trata? Como ustedes saben, yo soy del Sur y no estoy al tanto de las tradiciones y leyendas de esta parte del país —respondió Sheridan.

Loggan se manifestó dispuesto a saciar su curiosidad.

—Jolly se refiere a la historia de Andy Hennessy, un bandido que recorrió estas montañas hace sesenta o setenta años.

—Muy interesante. ¿Y qué tiene que ver con la aparición de ese enigmático jinete que atacó a Bellamy?

—Supongo que su aspecto. La leyenda describe al «Espíritu de Hennessy» con las mismas características que relató Bellamy. Hennessy era un hábil caballista, un experto tirador y un asesino sin escrúpulos —narró Loggan—. Tenía los cabellos rojos y era delgado, ágil y escurridizo.

—¿Dice que era un asesino sin escrúpulos?

—Así es. Cometió no menos de treinta asesinatos a sangre fría. Y, dato curioso, también empleaba un hacha para descuartizar a sus víctimas.

Sheridan quedó muy impresionado.

Pero luego, de repente, tomó a Bellamy por un brazo y le miró con sospecha.

—Oiga, Bellamy. Usted también debe conocer esa leyenda del «Espíritu Errante de Hennessy». ¿No estará tratando de gastarnos una broma pesada? —inquirió.

Bellamy se mostró ofendido.

—¿Una broma pesada, jefe? —barbotó con su rudeza característica—. ¿Llama broma al hecho de haber estado a punto de que ese cafre me partiera la cabeza en dos mitades con su hacha? Usted vio el tajo en las planchas de la furgoneta. Y también las huellas de los cascos.

Calló, disgustado.

Pero al cabo alzó la cabeza orgullosamente y gruñó:

—Además, yo soy texano, dos mil quinientos kilómetros de distancia hacia el Sur. Y no tenía ni puñetera idea de esa maldita historia del «Espíritu de Hennessy».

Sheridan se apresuró a excusarse.

—Compréndalo, Bellamy. La coincidencia es demasiado evidente. Y eso me llevó a pensar... Pero fue una tontería, discúlpeme.

Bellamy se mostró satisfecho con esto. Y Sheridan pidió a Loggan que siguiera narrando aquella misteriosa y atractiva leyenda.

—Andy Hennessy se entrenó en su oficio de matarife con su propia familia: asesinó a tres de sus hermanos, junto con sus esposas e hijos. En total, a más de una docena de personas. Después, atacado por un ramalazo de locura, los descuartizó y regó los pobres despojos por los alrededores de la cabaña en que vivían. Ni siquiera se molestó en borrar las huellas de su horrendo crimen, pues dejó su bolsa de tabaco, su papel de fumar e incluso un reloj que aunque averiado tenía en gran estima.

—¿No pudieron detenerlo?

—Conocía la montaña y el bosque como la palma de su mano y escapaba continuamente a las patrullas que le buscaban sin cesar. Durante varios años tuvo en jaque a las autoridades de estas comarcas y llegó a cometer crímenes imperdonables. Fue un leñador quien le abatió, un hombre que le sorprendió en la montaña y sin darle tiempo a defenderse le

lanzó con fuerza un hacha que se le clavó en la espalda y le dividió prácticamente en dos. Y ahora que recuerdo... —se interrumpió Loggan, estupefacto.

—¿Sí?

—El leñador que mató a Andy Hennessy se llamaba... Stone —murmuró Loggan, impresionado por su propio descubrimiento.

Capítulo 4

SEGUIA nevando sin cesar.

El temporal de nieve venía a impedir de forma irritante las investigaciones de la policía.

Por supuesto, Tom Sheridan había vuelto a la mañana siguiente a las Dark Hills. En medio de una durísima tormenta de nieve, sus hombres habían registrado las boscosas colinas escrupulosamente.

Por desgracia, los esfuerzos del contingente policial resultaron inútiles, pues la nieve alcanzaba en las alturas hasta un metro de grosor, borrando cualquier huella útil a la investigación.

Por lo demás, el clima de inquietud se había ido extendiendo rápidamente entre los habitantes de Growberry.

Ralph Bellamy se había emborrachado a la mañana siguiente. Y en su recorrido por los bares y tabernas había ido repitiendo hasta la saciedad los pormenores de su encuentro con el «Espíritu de Hennessy».

La vieja leyenda fue remozada, corregida y aumentada hasta límites inconcebibles. No solo creían —algunas personas— a pie juntillas en las cabalgadas del fantasma de Andy Hennessy. Ahora, según había comprobado el jefe de la policía, se hablaba de una verdadera legión de fantasmas animados por el mismo espíritu de exterminio que había demostrado en vida el famoso criminal.

Pero el jefe Sheridan no creía en fantasmas, sino en desalmados forajidos que están tratando de sembrar el terror en la comarca con algún fin determinado.

Un fin determinado... pero ¿cuál exactamente?

Sheridan había vuelto un par de veces a la granja Stone con la secreta esperanza de encontrar algún indicio que hasta aquel momento hubiera escapado a los ojos de los policías que habían buscado en todos los rincones de la vivienda.

Unos vecinos se habían hecho cargo de las ovejas y los terneros que criaban los Stone, hasta tanto los herederos se hicieran cargo de la sucesión.

El edificio, solitario y vacío, impresionaba, sobre todo en medio de la inmensidad blanca que lo rodeaba. Aquel había sido un hogar alegre y prometedor, donde todos arrimaban el hombro con ansias de futuro, pero ahora ya no sonaban las risas de los niños, el canturrear de la activa señora

Stone ni el potente rumor del hacha de Erle Stone.

Por lo demás, allí no había nada que buscar y nada encontró Sheridan, cuya tensión subía más y más a medida que transcurrían los días sin que la investigación adelantara un ápice.

Los herederos. La señora Azelda Stone, madre del granjero, una anciana de ochenta y cuatro años, cuyas facultades mentales le impedían aceptar la realidad. Azelda Stone estaba internada en la residencia de los ancianos de Growberry, pues su estado de senectud total precisaba de cuidados que en la granja no podían ofrecerle. Sheridan le había comunicado en persona la muerte de su hijo, su nuera y sus nietos, pero la señora Stone se había echado a reír, sin querer dar crédito a la luctuosa noticia que le traía el policía. Evidentemente, la anciana chocheaba y vivía en el mejor de los mundos.

El otro heredero también era una mujer, la hermana menor de Claire Stone. Se llamaba doctora Cherry Shirrefs y residía en Pasadena, California. Sheridan le había enviado un telegrama el día primero de noviembre, dándole cuenta del fallecimiento de sus parientes, pero había transcurrido una semana, los Stone habían recibido sepultura y la enigmática doctora Shirrefs no había hecho acto de presencia en Growberry.

En cuanto a la investigación estrictamente policial, Sheridan había hecho muchas otras gestiones. Por ejemplo, sus agentes habían visitado una por una todas las granjas y ranchos de la comarca. Buscaban un caballo.

No un caballo cualquiera, sino un caballo blanco de gran alzada con unas herraduras impecables. Para ello se habían sacado copias del molde de escayola obtenido en la granja «Stone», a la vista de las cuales, los policías hacían las pertinentes comparaciones con las de los caballos herrados que existían en la comarca.

Caballos de capa blanca había por docenas, pero ninguno llevaba las herraduras nuevas que revelaba el molde en escayola, ni tampoco coincidían las medidas, que en el molde eran extraordinariamente grandes.

A pesar de su aparente fracaso, Tom Sheridan no se desesperaba. Sabía por experiencia que la mejor virtud de un policía es la paciencia.

—¡Al diablo con los fantasmas! —pensaba Sheridan en su interior. Pero no podía impedir un escalofrío cada vez que recordaba el macabro hallazgo de los cadáveres mutilados de la granja «Stone».

Ni por un momento quería admitir que aquella bestia sedienta de sangre tuviera la apariencia de uno de los ciudadanos de Growberry.

De una forma inconsciente, prefería imaginar desde el principio que se trataba de un extraño, de un forastero o extranjero, de alguien ajeno por completo a la comunidad.

Pero ¿y si no fuera así? ¿Y si se trataba precisamente de un lobo

disfrazado con la piel del cordero?

Disgustado consigo mismo, a las cinco menos cuarto de la tarde abandonó la comisaría, se sentó tras el volante de un *jeep* policial y abandonó la ciudad.

Conducía muy despacio por la carretera del Sur, sin rumbo fijo.

Inconscientemente, puso el intermitente y se apartó de la carretera. El *jeep* rodó sobre la nieve sucia del camino, rebotando sobre las irregularidades del firme, patinando a veces insensiblemente.

Un momento después supo adónde iba: a la granja «Stone». No le sorprendió: en muchas ocasiones, su instinto obraba por él.

Por supuesto, no pensaba registrar nuevamente la casa a la busca de un hipotético indicio. No.

Su idea, aunque confusa, era muy distinta.

Hay una constante psicológica que se repite a menudo en la mentalidad de los criminales: volver con un impulso morboso al lugar donde han cometido sus crímenes.

Así, pues, Tom Sheridan esperaba que de una forma fortuita la suerte se le mostrase propicia.

Apretó el acelerador y el velocímetro del coche superó los sesenta kilómetros por hora.

Comenzaba a oscurecer cuando distinguió en la lejanía los eucaliptos que, completamente blancos por la nieve acumulada en sus ramas, se erguían alrededor de la granja «Stone».

Sheridan no se dirigió directamente hacia allá. Por el contrario, torció el volante a la izquierda y continuó adelante por el fondo de una vaguada, oculto a la vista de cualquiera que pudiera encontrarse dentro de la granja.

Unos dos kilómetros más allá, detuvo el vehículo y se apeó. Cogió una linterna del guantero, elevó sobre su cuello las suaves solapas de borreguillo de su chaquetón y comenzó a ascender la colina.

Cuando llegó a la cúspide se dejó caer de bruces sobre la nieve entre dos matorrales cuajados de copos de nieve.

Ya allí, sacó de un bolsillo los prismáticos, los ajustó y miró.

La granja se encontraba ahora a poco menos de un kilómetro de distancia. A través de las lentes, el policía atisbó con interés los alrededores de la granja, los galpones, los corrales situados en la parte posterior.

No vio nada sospechoso. La nieve estaba impecable. El manto blanco no mostraba ningún rastro que se dirigiera a las edificaciones de la propiedad de Stone.

Por un momento, se sorprendió pensando que estaba haciendo una tontería.

Por lo demás, estaba anocheciendo rápidamente y dentro de poco sería imposible percibir si alguien se acercaba furtivamente a la granja.

Guardó los prismáticos y encendió un cigarrillo, del que dio unas rápidas y ansiosas chupadas, protegiendo el pitillo en el hueco de su mano.

A los dos o tres minutos, hundió el cigarrillo entre la nieve y volvió a mirar a través de los prismáticos.

Aparentemente, todo estaba igual que antes. El viento, en calma, ni siquiera agitaba las ramas de los altos eucaliptos. Todo estaba inmóvil y silencioso.

Aparentemente... porque algo había cambiado.

A través de las nítidas lentes, Sheridan vio claramente el rastro de pisadas que llegaba a la casa desde la colina que se elevaba a dos kilómetros de la granja.

—Huellas profundas —murmuró, tenso—. Huellas de... ¡de cascos de caballo!

Su excitación le impulsaba a descender la loma, volver al *jeep* y rodar a toda la velocidad posible hacia la granja «Stone».

Pero no hizo nada de eso.

En realidad, llegar a la casa con el *jeep* no hubiera servido para otra cosa que para alertar al intruso.

Y por otra parte, el asesino podía huir libremente mientras él contorneaba la colina a bordo del *jeep*.

Volvió a mirar con ansiedad a través de los prismáticos.

Las sombras de la noche caían rápidamente sobre el lugar. Precisamente en aquel momento Sheridan vislumbró un rápido guiño luminoso que brotaba de una de las ventanas de la vivienda.

No, no era delirio de sus sentidos hipersensibilizados. Poco después el resplandor luminoso, aunque instantáneo, volvió a ser claramente visible, aunque ahora brotaba de otra ventana distinta, una de las de la planta superior.

¡Alguien estaba allí, dentro de la granja «Stone», registrando furtivamente o, tal vez, regodeándose complacientemente en la visión de la escena de un crimen repugnante!

Y ¿quién podía ser, sino el propio asesino, atraído por un hechizo enfermizo?

Sheridan recogió los prismáticos y comenzó a descender lentamente la pendiente de la loma.

Mientras caminaba, palpó la forma cálida y familiar de la culata de su revólver.

Era absurdo, pero en aquel momento sentía que el miedo agarrotaba sus piernas y ponía estertores de asfixia en su respiración.

Cuando alcanzó el galpón, se detuvo para tratar de serenarse.

Luego, más tranquilo, asomó la cabeza por la esquina de troncos y atisbó.

De momento no vio nada, pero enseguida volvió a brillar aquel pálido

resplandor a través de una de las ventanas.

—Está ahí, aún no se ha ido —pensó.

No era muy probable que el asesino que permanecía en el interior de la casa pudiera verle, pues era de noche muy cerrada ya.

Incluso Sheridan no hubiera podido avanzar sin el auxilio de su linterna de no ser por el suelo nevado, a través del cual podía avanzarse con seguridad incluso de noche.

De todas formas, el jefe de policía se lanzó hacia el edificio-vivienda en una corta y rápida carrera.

Agachado contra el muro, avanzó y atisbó el porche.

La puerta principal estaba entornada y sobre los tablones había huellas húmedas de pies calzados.

Empuñó el revólver y ascendió al porche, silencioso como un puma, esforzándose en evitar el menor crujido de la tarima de madera.

De repente, resonó un potente relincho.

Sheridan se sobresaltó de tal modo que el revólver estuvo a punto de irsele de las manos.

—¡El caballo!

Ahora ya no tenía ninguna duda. Su intuición había sido certera: el criminal, el sádico asesino no había podido sustraerse a la tentación de visitar de nuevo el escenario de su múltiple crimen.

—No le dejaré escapar —se propuso mentalmente—. Antes le abatiría a balazos.

Con esta firme decisión, avanzó unos pasos y penetró en la casa.

Enseguida se fundió con las sombras y aguardó.

Arriba se oyeron pasos acompasados.

—Se cree solo y seguro —pensó—. Por eso no toma la menor precaución para disimular su presencia aquí.

Tanto mejor.

Cuanto más confiado se mostrara el criminal, más fácil le resultaría a Sheridan reducirle.

También él se confió, todo hay que decirlo.

Seguro de que el asesino se encaminaba en el piso superior, caminó aprisa pasillo adelante, cruzó el salón y la cocina, palpó los muros del pasillo interior y comenzó a ascender los peldaños de la escalera.

Subía muy despacio, posando un pie con cuidado sobre el escalón superior, apretando suavemente hasta descargar su peso y sustentado en el pasamanos con la mano izquierda para mayor seguridad.

Llegó hasta el descansillo donde había sido hallado el cadáver mutilado de July Stone y siguió adelante, esforzándose en controlar su respiración.

Le vio de repente cuando solo le quedaban unos peldaños por ascender. O, mejor dicho, vio su elevada silueta y también el haz luminoso que brotaba de su linterna.

Tal como había imaginado se trataba de un individuo de elevada estatura (tan alto al menos como Sheridan, que medía un metro y noventa y tres centímetros), y muy corpulento, a juzgar por el volumen de su silueta, que Sheridan podía entrever a contraluz del resplandor de la linterna.

El policía hinchó su pecho de aire y elevó el cañón de su revólver calibre 38.

—No se mueva un milímetro de ahí, si respira siquiera, lo acribillaré a balazos. Se lo prometo.

Sheridan encendió su linterna, que llevaba en la mano izquierda y elevó el pie derecho para ascender los peldaños que le faltaban.

Y entonces ocurrió la tragedia: su bota resbaló, Sheridan perdió el equilibrio y cayó. Bueno, no fue tan fácil: su pie derecho resbaló hacia adelante (el parquet estaba resbaladizo de partículas de nieve dejadas por el intruso), su rodilla izquierda golpeó dolorosamente contra la arista de un peldaño, su revólver chocó contra la pared y se le fue de las manos y su linterna cayó a la escalera, golpeando sordamente los escalones inferiores.

En aquel momento, mientras maldecía y gruñía su dolor, comprendió que estaba inerme, a merced de un asesino satánico, de un ser sin escrúpulos, de una verdadera bestia sanguinaria.

Intentó incorporarse, pero no lo consiguió. Por una doble razón: el dolor intenso de su rodilla izquierda herida y la posición de su pierna derecha, rígidamente extendida hacia adelante.

Fue entonces cuando oyó el sonoro *clac-clac* de los pasos del asesino.

Inmediatamente, el haz de la linterna se aproximó y le cegó.

Desesperadamente, Tom Sheridan se apoyó en el pasamanos y se lanzó ciegamente adelante.

Advirtió un reflejo plateado, celérero...

—¡El hacha! —pensó—. ¡Va a golpear mi cráneo con el hacha...!

El golpe restalló secamente contra su frente.

Sheridan cayó hacia adelante y quedó inmóvil.

Capítulo 5

NO, no fue una eternidad. Solo fueron quince minutos.

En cuanto comenzó a recobrar el uso de los sentidos, Tom Sheridan se llevó las manos a la frente.

—¡Mi cabeza! ¡El hacha...! —murmuró.

Sus dedos no pudieron palpar otra cosa que una considerable protuberancia sobre su hueso frontal.

Es decir: un formidable chichón sobre su frente.

La linterna no le alumbraba ahora directamente, sino que alumbraba al suelo.

—No me diga que posee sentimientos humanitarios —rezongó el policía, entre dientes—. Yo le hubiera matado sin dudar.

—¿Y por qué tenía que hacerlo? No le he hecho ningún daño —le respondieron.

Sheridan parpadeó, desconcertado.

La voz que acababa de escuchar no era bronca, chirriante y desagradable, sino perfectamente modulada, amable y... femenina.

Sheridan hizo intención de alzarse del suelo y una mano solícita le aferró por el brazo y le ayudó a incorporarse.

Tom se tambaleó un momento, pero al fin conservó el equilibrio pegando el hombro a la pared.

Luego se palpó el considerable chichón de su frente.

—Lo siento. Me precipité —dijo la voz de la mujer—. Me asustó usted, sinceramente. Pensé que se trataba de un...

—¿Un asesino? —gruñó el policía, sarcástico.

—Ya que lo dice, sí. Eso es precisamente lo que temí. Un asesino anda suelto, usted debería saberlo.

De repente, Sheridan aferró la mano que sostenía la linterna, la dobló violentamente e iluminó el rostro de la mujer.

Porque era una mujer, indudablemente. A pesar de su gorro de lana rojo y de su holgadísimo y voluminoso chaquetón de piel.

Una mujer preciosa, de cabellos rubios, frente abombada, cejas bien perfiladas, nariz un poco respingona, labios frescos y carnosos, ojos azul oscuro y pómulos atrayentes.

—¿Quién es usted? —preguntó el policía, sin soltarle la mano.

—Soy la doctora Cherry Shirrefs. Acabo de llegar a Growberry desde California.

Sheridan la miró, desconcertado.

—¿La hermana de Claire Stone? —preguntó resistiéndose todavía a aceptar la verdad.

—Exactamente. No pude venir antes, porque me encontraba en las Hawái, a cuya Universidad fui invitada para intervenir en un Congreso de Psicología Aplicada.

Sheridan asintió, estupefacto.

«Dios mío», pensó. «Siempre imaginé a la doctora Cherry Shirrefs como una solterona de cabellos pajizos, ojos mortecinos, lentes, tez pálida y ajada y labios sin pintar. Y en cambio...».

—Yo soy... —empezó a decir el policía, un tanto turbado.

—El jefe de policía Sheridan, lo sé. Me tomé la libertad de registrar sus bolsillos, mientras permanecía inconsciente —se apresuró a decir ella—. Siento mucho no haber podido asistir a la inhumación de los restos de mis familiares. Su telegrama no me fue reexpedido con la debida urgencia y... Bien, me apresuré a tomar el avión en cuanto conocí la triste noticia. Y aquí estoy.

Sheridan dejó escapar un suspiro de alivio.

Luego miró a su alrededor, encontró su revólver y lo recogió.

Luego miró a la guapa doctora Shirrefs.

—Muy bien. Y ahora, ¿quiere decirme qué es lo que hacía aquí? —inquirió con dureza.

Cherry Shirrefs no se dejó impresionar lo más mínimo.

—Señor Sheridan, soy una mujer que posee iniciativas propias —confesó, sin ufanarse—. Intenté entrevistarme con usted esta tarde, pero me dijeron que usted había abandonado la comisaría sin dejar ningún recado. Entonces pedí información sobre el mejor medio de llegar hasta aquí. Me dijeron que era peligroso atravesar las pistas heladas y me prestaron gentilmente un caballo. Y vine a echar una ojeada.

¡El caballo!

Así que no se trataba del caballo que montaba el asesino, sino de...

De repente, Sheridan rompió en una carcajada burlona.

—¿Se burla de mí, señor Sheridan? —preguntó la mujer, desconcertada.

El policía movió la cabeza en sentido negativo.

—No, doctora Shirrefs, no me burlo de usted, sino... de mí mismo. Pensé que... Pero en fin ya se lo contaré más adelante. Dígame, usted que parece tan decidida y perspicaz, ¿ha encontrado aquí algo interesante? —inquirió.

—Nada, por desgracia. Supongo que ustedes realizarían la investigación de forma conveniente —sugirió la joven, con latente escepticismo.

—Sí, tenemos por costumbre hacer las cosas de modo *conveniente* —respondió Sheridan, que tampoco disimulaba su tono mordaz.

Y para hacerlo más evidente, añadió ácidamente:

—A propósito, doctora Shirrefs: no parece usted muy conmovida por la atroz tragedia que ha azotado a su familia...

Los ojos brillaron con un destello húmedo. Los blancos dientes de Cherry mordisquearon su rojo labio inferior.

—Créame, Sheridan: he llorado todo cuanto podía a lo largo de más de cuatro mil kilómetros de viaje en avión. Pero de todas formas, tampoco me interesa demasiado su opinión —respondió fríamente.

Pasó junto al policía y descendió rápidamente la escalera, dejándole en medio de las tinieblas.

Sheridan gritó:

—¡Eh, espere!

Y descendió los peldaños de cuatro en cuatro.

Cherry le aguardaba en el pasillo. Sus ojos tenían un brillo de acero y sus labios se apretaban tenazmente.

—Lo siento —dijo el hombre—. Creo que me he portado groseramente. Creo que... me sacó de quicio su aplomo, su sensación de seguridad. Lamento haber hecho un comentario inadecuado. De veras.

La expresión de la doctora Shirrefs se dulcificó.

—Está bien. Olvidémoslo. ¿Viene?

—A eso me iba a referir. No creo que le resulte fácil galopar veinte kilómetros a campo través en mitad de la noche —advirtió Sheridan.

—¿Por qué no? El suelo nevado ayuda a caminar.

Sheridan sonrió pacientemente.

—Eso es cierto —asintió—. Pero también lo es que la gruesa capa de nieve oculta hoyos y zanjas en los que su caballo podría romperse una pata. Y si eso ocurriera, usted se vería obligada a abandonar el caballo y caminar a campo través. Lo más lógico, si nieva, es que no pudiera llegar jamás a un lugar habitado.

—Creo que...

—Pero también puede ocurrirle otra cosa. Sencillamente, extraviarse y caminar docenas de kilómetros en dirección errónea. De todas formas, si no nieva puede helar. Y si es así, la temperatura descenderá a veinte o veinticinco grados bajo cero. Se congelada.

—Creo que tiene razón. No tuve en cuenta que en invierno anochece enseguida, ni tampoco la considerable distancia a Growberry.

Sheridan sonrió amablemente.

—Eso está mejor. ¿Quiere venir conmigo?

—¿Qué es lo que me propone?

—Tengo un *jeep* a poco más de un kilómetro de aquí. Montaremos en su caballo y llegaremos hasta el coche. Luego ataremos el caballo a la trasera del *jeep* y regresaremos sin prisa a la ciudad. Es lo más sensato —explicó el policía.

Cherry asintió con el gesto.

—Muy bien. Hagamos lo que usted dice.

Iluminados por las linternas, atravesaron la cocina y caminaron hacia el amplio salón que era la pieza principal de la casa.

Cherry se detuvo allí y miró al policía.

—Hay algo que me intriga, señor Sheridan.

Lámeme Sheridan. O Tom, si lo prefiere. Aborrezco los tratamientos rígidos y pomposos —propuso el hombre.

—Muy bien. A condición de que deje de llamarme «doctora Shirrefs». Puede llamarme Cherry, simplemente.

—Cherry, entonces. Y dígame, ¿qué es lo que tanto la intriga? —preguntó Sheridan.

—¿Por qué vino a este lugar, a hora tan intempestiva?

El policía vaciló, pero finalmente se sinceró.

—Pues verás: soy un hombre intuitivo. A menudo me dejo llevar por la intuición. No sé por qué, pero de alguna forma tenía la esperanza de que el asesino volviera a visitar el lugar donde cometió cinco horribles asesinatos —confesó. Y añadió—: Por un momento creí que mi intuición se había demostrado certera.

—¿Por qué? ¿Quiere explicármelo?

Sheridan se aclaró la garganta con un leve carraspeo.

—Lo comprenderá enseguida. Pero antes le diré que el asesino de los Stone llegó hasta aquí a caballo. Y posteriormente atacó a un hombre inofensivo en las estribaciones de Dark Hills siempre a caballo. De modo que cuando esta tarde atisbó desde una colina próxima y vi huellas de cascos a través de los prismáticos, pensé que esa bestia humana había vuelto a la granja para recrearse en el placer que las horrendas y sangrientas escenas del múltiple asesinato debieron dejar grabadas en su mente de criminal. Cuando me acercaba aquí, escuché el relincho de un caballo. ¿Qué podía pensar? *Creí* firmemente que el asesino había decidido hacer una visita al lugar donde acabó con la vida de cinco personas inocentes.

Calló, enronquecido.

—¿Quiere saber una cosa? —susurró Cherry—. También yo vine aquí con la secreta esperanza de encontrar al asesino de mi familia. Parece que los dos experimentamos premoniciones idénticas...

—Pero lastimosamente frustradas, puesto que el asesino no ha aparecido por aquí —comentó Sheridan.

Cherry se humedeció el labio superior con la punta de la lengua, gesto que excitó sobremanera al inexpresivo Tom Sheridan.

—¡Quién sabe! Quizá si continuáramos esperando algunas horas más... —susurró ella.

El policía se sintió escandalizado.

—¿Quiere decir... que lo aconsejable sería aguardar aquí varias horas

más para comprobar si el asesino se acercaba a esta casa?

—¿Por qué no? —exclamó ella, con una lucecita bailándole en los bellos ojos de un azul intenso.

Sheridan la miró, exasperado.

—Cherry, Cherry, es usted excesivamente temeraria. Aunque ese tipo viniera, cosa que es descabellado esperar, según pienso ahora mismo, usted no tiene ni idea del peligro que correría...

—¿Y usted?

—También, por supuesto. Se trata de un asesino sádico, que no ha respetado ni siquiera la vida de unos niños inofensivos. Créame, un tipo así jamás retrocedería ante la oportunidad de cometer uno o dos nuevos asesinatos. No, de veras, es una locura. Y por otra parte, usted debe de olvidarse de este asunto. Mis hombres y yo haremos todo lo posible para atrapar al asesino —dijo el policía.

—Está bien, supongo que tiene razón. Solo que... también yo estoy preparada —Cherry introdujo una mano en su bolsillo y la sacó empuñando una preciosa pistolita «Browning», del calibre 6.25.

Sheridan disimuló una sonrisa conmisericordiosa.

¿Cómo habría que explicarles a las mujeres que hay cosas reservadas a los hombres? Le hubiera gustado explicar muchas cosas a aquella culta señorita de California, pero lo que dijo fue:

—Muy bien, pero guárdese esa joya. Podría disparársele por error...

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando desde el exterior llegó el sonido de un sonoro y estridente relincho.

—¿Ha oído? —tembló la mujer.

—¡Calle!

—Pero...

—He oído. Un extraño relincho. Debe ser su caballo. Solo que... Mucho me temo que sea un relincho de agonía —susurró el policía.

Capítulo 6

C HERRY le aprisionó el brazo izquierdo con una mano temblorosa.

—¿Qué quiere decir?

—¡Apague la linterna!

—Pero ¿por qué?

—Si hay alguien fuera, verá el resplandor, de la misma forma que yo pude verlo a un kilómetro de distancia, antes de venir aquí —respondió Tom.

Cherry se apresuró a obedecer.

En mitad de las tinieblas, absolutamente densas en el interior de la casa, Sheridan podía oír con claridad la tensa respiración de la mujer que seguía aferrándole por el brazo.

—Tranquilícese —pidió en un siseo apenas audible—. Procure dominar sus nervios y... su respiración.

En aquel momento volvió a oírse de nuevo el relincho. Pero esta vez no era un relincho vibrante, sino apenas un estertor.

—¡Mi caballo! —gimió Cherry.

—Sí, es su caballo. Acaban de matarlo.

—¡Dios mío, no es posible...!

—¡Calla, por favor! —clamó el policía, tuteándola en su nerviosismo—. Quédate aquí. No te muevas.

Se separó de ella rápidamente, sin detenerse a escuchar el sonido gutural que Cherry producía al tragar aire descontroladamente.

Inclinado, Sheridan se aproximó a la ventana y atisbó a través de los cristales.

Un momento después retrocedía y se reunía en las tinieblas con la doctora Shirrefs.

—¿Qué...? —volvió a atragantarse la mujer.

—He visto un bulto sobre la nieve, muy cerca de la valla de troncos. ¿Fue allí donde ató su caballo, Cherry?

—Sí —respondió ella en un susurro—. ¿Qué ha ocurrido?

—Han matado el caballo, según parece. El animal aún se movía un poco, en el suelo, agonizante...

Cherry dejó escapar un gemido.

—Es horrible...

—Pero no he podido ver nada más. Quien quisiera que sea, sabe muy

bien lo que hace. Si se trata de quien yo pienso...

—¿El asesino?

—¿Quién, si no? Si se trata del asesino, le habrá resultado fácil llegar hasta aquí, mientras nosotros charlábamos o nos peleábamos. Es posible que esté oculto en el granero o detrás de los eucaliptos. Esa zona está tan oscura, que cualquiera podría fundirse con las sombras sin necesidad de esconderse... para pasar desapercibido.

—¿Qué... qué vamos a hacer?

Sheridan se exasperó.

Pero finalmente decidió tomar la situación por su lado humorístico.

—¿Qué vamos a hacer? Sinceramente, no lo sé —respondió al oído de Cherry. Y nuevamente volvió a tutearla—. Tú eres una mujer intuitiva, lo mismo que yo. ¿No teníamos la premonición de que el asesino volvería a la granja «Stone»? Pues bien: nos hemos salido con la nuestra.

—¡No lo tomes a broma! —protestó ella, tuteándole igualmente, pero procurando mantenerse pegada al hombre—. Tenemos que hacer *algo*.

Sheridan rio quedamente.

—De acuerdo, pero ¿qué? Él está ahí fuera, cómodamente instalado en las sombras. Y sabe que aquí hay alguien. Probablemente, incluso es posible que haya estado espiándonos a través de la ventana. ¡Permanecíamos tontamente ante ella, con las linternas encendidas! Si nos exponemos a salir por esa puerta —Sheridan señaló la entrada, entreabierta, al final del pasillo principal—, podría atacarnos impunemente.

—En tal caso, hagamos una cosa: huyamos en sentido contrario —propuso ella.

Sheridan sentía ganas de llorar. Pero su reacción fue incongruente: rio entre dientes.

—El caso es que tampoco estamos seguros de su posición, puesto que no hemos podido verle —explicó.

—¡Pero nosotros somos *dos*! —invocó Cherry Shirrefs—. ¡Tú tienes un revólver y yo una pistola! *Podemos* hacerle cara.

Impulsivamente, Tom tapó los labios femeninos con su mano.

¡Calla! Tienes razón. Nosotros somos dos. Lo que quiere decir...

—¿Qué?

—Atrás hay una puerta, la que comunica con las pocilgas. Y está cerrada. De modo que ese tipo no puede entrar por allí. Escucha con atención.

—¡Sí!

—Yo saldré por allí y trataré de distraer su atención.

—¿Y yo...?

Sheridan llevó a la mujer hasta la ventana.

—Mira hacia tu izquierda. ¿Ves el saliente de la pocilga silueteado sobre

la nieve? Bien, yo saldré y haré dos disparos en dirección al granero. Si ese tipo se esconde allí, se verá en peligro y abandonará su protección. Si ves moverse una sombra, rompe el cristal con el cañón de tu pistola y dispara sin dudar —indicó el policía.

Se encontraban tan próximos el uno al otro que el hombre percibió perfectamente el súbito escalofrío que estremeció a la mujer.

—¿Tienes miedo? —preguntó él, siseando a su oído.

—Mmmm. ¡Claro que tengo miedo! Pero me lo aguantaré.

—¡Buena chica! —aplaudió el jefe de policía—. Antes iré al pasillo y cerraré la puerta. Tiene un cerrojo interior. Lo echaré. Así te sentirás más segura.

—Sssssí —musitó ella, temblando ostensiblemente.

Sheridan se separó de ella, caminó pegado al muro y se aproximó a la puerta. Tanteó el cerrojo y luego en un movimiento rápido y certero, cerró la puerta y corrió el cerrojo. Inmediatamente volvió junto a Cherry, que le había seguido hasta el inicio del pasillo.

—¿Sabes cómo utilizar la pistola? —susurró el hombre.

—Tengo una idea —respondió Cherry. Y sacó su arma.

Sheridan la tomó en sus manos, sacó el cargador, comprobó que estaba repleto de balas, tiró hacia atrás del carro, lo montó, quitó el seguro y devolvió la pistola a su compañera, con cuidado.

—¿Dispuesta?

—Sssssí —respondió ella, apretando frenéticamente la pistola entre sus dedos y apostándose junto a la ventana.

—Una cosa: yo no pienso volver por dónde me voy —advirtió el hombre, antes de separarse de la mujer—. Quiero decir que debes disparar a través de la puerta de la cocina si oyes algún rumor sospechoso. ¿Comprendido?

—Com-pren-di-do —tartamudeó ella.

—Bien. Suerte. Voy hacia ella —susurró Sheridan.

Oprimió cálidamente los hombros femeninos, se separó de Cherry y atravesó el salón silenciosamente.

Ya en la cocina tanteó la pared y encontró el cerrojo de la puerta que comunicaba con la amplia bodega. La habitación estaba absolutamente a oscuras, por lo que hubo de cruzarla con precauciones, tanteando para evitar tropezar y caer.

Finalmente se encontró en el muro frontero. Palpó el muro hasta dar con la puerta y recorrió una gruesa aldaba.

Enseguida, su olfato se impregnó del aire húmedo y fuerte propio de los establos.

A través de un ventanuco lleno de telarañas, percibió un poco de claridad, muy difusa.

Precisamente junto a aquel ventanuco estaba la puerta que comunicaba

directamente con el exterior.

Avanzó un par de pasos. Sus pies, calzados con botas de campo, se hundieron en el estiércol húmedo y poco después chapoteaba sobre charcos que juzgó de aguas sucias, procedentes de las pocilgas que ocupaban al fondo del corral.

Pero en aquel momento su olfato detectó el fuerte olor. Un aroma intenso, penetrante, que no guardaba relación con los olores propios del estiércol y del ganado.

Se detuvo de improviso.

—Esto no es... —murmuró.

Y súbitamente comprendió.

—¡Gasolina!

Retrocedió apresuradamente, resbaló, estuvo a punto de caer, pero saltó cuan largo era hacia los fardos de paja adosados a la pared que había palpado unos segundos antes.

En aquel momento se oyó aquel ominoso ¡flaag! y del piso del establo brotó una fortísima llamarada que desplazó el aire contra su rostro.

El fuego corría vertiginosamente sobre los charcos del suelo.

—¡Charcos! Charcos... de gasolina.

Se puso en pie de un salto y trató de alcanzar la puerta de la bodega al advertir que la temperatura subía salvajemente.

Pero la puerta se había encajado y no se abrió.

Detrás de Sheridan, el fuego prendía ya ávidamente en la pila de fardos de paja y el establo se llenaba de humo irrespirable.

Desesperadamente buscó algo a su alrededor.

Lo vio inmediatamente: un listón corto y grueso, embadurnado de lodo reseco. Lo tomó en sus manos y se lanzó ciegamente contra la puerta de la bodega, que se desencajó en un crujido y se abrió.

Sheridan entró apresuradamente, cerró la puerta y la aseguró con la aldaba.

—Tanto da —pensó—. Dentro de unos minutos todo esto será pasto de las llamas.

A oscuras, tropezó con un bidón y cayó cuan largo era, después de desgarrarse las espinillas.

No se detuvo a levantarse. Por el contrario, se tragó las maldiciones que subían a sus labios, se incorporó de un brinco y avanzó con las manos adelantadas, palpando los objetos que se interponían ante él.

Acababa de penetrar en la cocina, cuando se detuvo, rígido.

Había advertido a Cherry: «No pienso volver por dónde me voy. Lo que quiere decir que debes disparar hacia la cocina si oyes algún rumor sospechoso».

Cherry debía sentirse muy nerviosa y en cuanto escuchara sus pasos se pondría a disparar como una loca, sin imaginar que era contra él contra

quien disparaba.

Podía prevenirla a gritos, pero eso sería tanto como advertir de su situación al sádico que se proponía quemarlos vivos en el interior de la granja «Stone».

Sin embargo, la tensa situación se solucionó por sí misma.

Porque en aquel momento la ventana de la cocina se rompió con un crujido seco, acompañado del tintinear de los cristales pulverizados, algo chocó contra el suelo y se hizo añicos sonoramente.

Simultáneamente sucedieron dos cosas. A saber, brotó una llamarada del suelo en primer lugar. E instantáneamente resonaron varios disparos, secos como trallazos.

Era Cherry la que había disparado a través de la puerta de comunicación con el salón, eso era evidente.

Pero ¿qué era lo que había ocurrido?

—Acaban de arrojarne un coctel Molotov a través de la ventana —pensó Sheridan, que estaba contando los disparos que provenían del salón.

Seis. Seis trallazos habían resonado dentro de la casa. ¿No eran seis balas las que se alojaban en el cargador de las pequeñas «Brownings»?

Si Sheridan estaba en lo cierto, a Cherry no le quedaban más balas. Pero si se equivocaba...

De todas formas, no tenía elección porque la gasolina inflamada corría sobre el piso de la cocina como culebrillas de fuego, de modo que se puso en pie de un brinco y saltó hacia el salón.

A la luz de las llamas, vio a una demudada Cherry Shirrefs que aún seguía apretando rígidamente la pequeña pistola entre sus dos manos, convertidas en garras.

—¡Dios me asista! —gimió ella, reconociéndole—. ¡He estado a punto de...!

—¡Quítate del medio, arrójate al suelo! —chilló él.

Y tenía razón, pues a contraluz de las vivas llamas que prendían en el pavimento y las paredes de la cocina, la alta silueta de Cherry ofrecía un blanco ideal.

Pero por debajo de la puerta principal penetró una llamarada potente, que provocó un gemido de angustia en la garganta de Cherry.

—¡Estamos... estamos atrapados! —chilló la mujer, de bruces sobre un rústico sofá.

Reptando sobre el suelo, Tom Sheridan se arrastró hacia la ventana. Acababa de incorporarse y se disponía a abrir la ventana, cuando advirtió una llamita que zigzagueaba en la oscuridad exterior.

Supo inmediatamente lo que iba a ocurrir. Por eso se apartó de un salto y esperó junto a las cortinas.

Simultáneamente, un grueso y largo listón chocó contra la ventana y la destrozó en fragmentos.

Transcurrieron solo cinco segundos y algo atravesó el aire dejando en pos de sí una fina estela luminosa.

Pero Sheridan se dejó caer al suelo y atrapó el cóctel Molotov antes de que la botella de cristal se estampase contra el suelo.

Al incorporarse, vio fugazmente una cabellera roja que se alejaba. Echó el brazo atrás y lanzó con fuerza la botella de gasolina a través del hueco de la ventana.

Por desgracia, la botella cayó sobre la blanda capa de nieve y no estalló. Pero su mecha seguía ardiendo aún, aunque la llama era tan débil que parecía ir a extinguirse de un momento a otro.

Tomando la llama como referencia, el policía sacó su revólver que aferró con ambas manos.

Disparó.

Instantáneamente, la botella de gasolina estalló y proyectó el combustible incendiado en todas direcciones. Las llamaradas que prendían en el piso nevado iluminaron claramente los alrededores.

Sheridan se abalanzó sobre el quicio de la ventana, revólver en mano.

A través de las llamas le pareció ver la confusa silueta que se alejaba. Disparó dos veces, pero no escuchó el aullido de dolor que aguardaba.

Se volvió hacia atrás, indeciso.

Las llamaradas penetraban, voraces, en el salón, procedentes de la cocina y del pasillo y el humo era tan espeso que obligaba a Cherry a toser desaforadamente.

—¡Vamos! —gritó el hombre—. ¡Hay que escapar de aquí! ¡Ahora mismo!

Se separó de la ventana, tomó a la mujer por la mano y la arrastró hacia el muro.

—¡Salta! —indicó a Cherry—. Yo te seguiré inmediatamente.

Ya cabalgaba la joven sobre el alféizar cuando sonó un disparo, potente y próximo.

Una bala arrancó un gran pedazo de madera y las esquirlas arañaron el rostro de Cherry que se dejó caer adentro, sin poder reprimir un chillido de pánico.

Inmediatamente, restallaron secamente otros cuatro disparos, tan seguidos que casi se confundieron en uno solo.

Una bala acarició los cabellos de Sheridan, obligándole a agazaparse urgentemente bajo el muro.

Entre tanto, el fuego progresaba de forma incontenible. Desde el pasillo de entrada, las llamas prendían en el suelo y las paredes y llegaban ya hasta el techo. Restallaban los crujidos de la techumbre, sobrecalentada, y crepitaban las maderas, convertidas en brasas.

—Maldito sea mil veces, ese canalla. Nos tiene bien cogidos —pensó Sheridan, sin disimular su pavor.

Era imposible escapar.

El pasillo estaba convertido en un brasero incandescente y la cocina era un horno impenetrable.

La ventana suponía el único escape.

Pero fuera estaba apostado el asesino con un eficiente rifle en las manos...

Capítulo 7

EN la cocina, algo se hundió con gran estrépito arrojando hacia el salón un chisporroteo espectacular.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Cherry.

Estaba tan pálida y demudada, que el policía experimentó un intenso sentimiento de ternura hacia ella.

—No lo sé —respondió—. Tal vez se haya hundido el techo.

Se arrastró rápidamente a lo largo del muro, por el estricto pasillo dónde aún no habían prendido las llamas y miró a ras del suelo hacia el interior de la cocina.

Al principio, no pudo dar crédito a sus ojos.

Vio un enorme boquete en el muro... a través del cual se veía la pradera helada.

No lo dudó ni un solo momento.

—¡Arrástrate hacia aquí! —gritó a la mujer.

—Pero...

—¡Haz lo que te digo! —insistió, frenético.

La vio separarse medrosamente de la ventana, rodear el sofá en el que acababan de prender las llamas y reunirse junto a él en la puerta de la cocina, a través de la cual penetraba una candente bocanada de humo y chispas.

—¿Ves ese boquete? El muro se ha hundido parcialmente. Vamos a salir por ahí —indicó a Cherry.

—Pero... ¡Es imposible! ¡Nos abrasaremos!

—No, si conservamos la calma. Quítate ese chaquetón y cúbrete la cabeza con él. Y sígueme.

Sheridan hizo otro tanto. Desprovisto de su chaquetón de cuero, se cubrió con él la cabeza y los hombros.

Luego tomó aire en sus pulmones, tensó los músculos y... saltó a través de las llamas con un impulso poderoso.

Cherry vaciló.

Pero detrás de ella, el rústico sofá ardía a llama viva calentándole la espalda. Llenó sus pulmones de aire y humo y se lanzó ciegamente hacia adelante.

Entre tanto, el policía había cruzado el horno flamígero de la cocina y saltado de bruces hacia la nieve por encima de los maderos aún

humeantes, desprendidos del muro.

Rodó sobre la fría nieve vertiginosamente, experimentando un raro placer al notar en su piel el gélido contacto.

Estaba poniéndose el chaquetón, cuando Cherry dio un gritito y cayó, rodando, a su lado.

—¡Aprisa! —la animó él.

Y la tomó por un brazo y la llevó hasta el muro, temeroso de que alguien pudiera balearlos sobre la blanca nieve.

Tras la súbita secuencia desde la fuerte luminosidad interior a la oscuridad del exterior, Sheridan apenas distinguía la mancha oscura de la casa.

Medio cegado, pues, corrió hacia el muro, con la intención de caminar tras su protección hacia los corrales y escapar de aquel lugar cuanto antes.

Llevaba el revólver en la mano, dispuesto a repeler una posible agresión.

Sin embargo, lo que sucedió a continuación fue tan fulminante que ni siquiera tuvo la oportunidad de emplear su arma.

De repente escucharon aquel apagado *cloc-cloc*.

Y enseguida del otro extremo de la casa surgió la silueta la silueta fantasmal del jinete a lomos del caballo de gran alzada que dejaba en pos de sí una rara estela verdosa.

Sheridan y Cherry iban lanzados a la carrera y no pudieron detenerse.

Los cascos del caballo elevaron en el aire surtidores de nieve en polvo. Sheridan vio cómo el jinete alzaba en su mano algo que destelló con brillo acerado.

Iba a levantar el revólver para disparar, cuando oyó un siseo seguido de un golpe muy próximo.

Detrás de él, resonó el estridente alarido de espanto de la mujer.

Súbitamente, Sheridan se sintió inmovilizado. Al frenarse inopinadamente su carrera, el revólver se le fue de las manos y rodó sobre la nieve.

En un instante comprendió lo que había sucedido: el jinete había lanzado contra él su hacha.

Milagrosamente, no le había acertado, pero la hoja del hacha se había clavado profundamente en los maderos... después de perforar la parte baja de su chaquetón de piel.

Y ahora el asesino, inmóvil sobre la silla de su caballo, les miraba fijamente y extraía con lentitud un rifle de la funda que colgaba del arzón.

Sheridan dio un tirón, con la esperanza de que su chaquetón se rompiera. Pero el fuerte y flexible cuero resistió.

Y el hombre de los cabellos rojos elevaba con desesperante lentitud el largo cañón de su rifle...

Desesperadamente, el policía intentó desembarazarse del chaquetón,

pero estaba tan prietamente sujeto al muro y sus brazos eran tan largos que le resultó imposible.

Fueron unos segundos de tensión que Tom Sheridan no podría olvidar fácilmente. Estaba a merced del asesino, inerme, impotente... luego, vio cómo un bulto rodaba sobre la nieve.

—¡Cherry!

La muchacha aferró el revólver entre ambas manos, lo alzó y comenzó a disparar como una loca.

Pero no debió hacer blanco, porque el sádico de los cabellos rojos movió la palanca de su rifle y apuntó con terrible lentitud.

De improviso, el garañón relinchó y se encabritó.

Su jinete tiró de las riendas a punto de salir despedido de la silla, pero el animal dio una corveta y se alejó, relinchando sin cesar.

Al verle desaparecer, siquiera momentáneamente, Sheridan echó un brazo atrás, aferró el cabo del hacha y se colgó de él hasta que la hoja de acero se desprendió de los maderos y se sintió liberado.

Cherry, temblorosa, seguía de rodillas sobre la nieve empuñando frenéticamente el descargado revólver, sin capacidad para reaccionar.

Con el hacha en una mano, el policía la tomó por un brazo y la arrastró brutalmente hacia la colina.

Cuando llegaron a lo alto de la cima, se volvieron un momento hacia atrás.

La granja Stone ardía por los cuatro costados y el fulgor rojizo iluminaba la pradera en una gran extensión.

Descendieron a la carrera la vertiente opuesta y un momento después subían al jeep.

—Aquí ya no resolvemos nada, Tom —advirtió Cherry—. Te ruego que volvamos a Growberry.

El policía masculló una maldición entre dientes.

—Supongo que tienes razón —asintió, rabioso—. Ese canalla es muy inteligente: eligió precisamente el terreno que más convenía a sus planes. Escapó a través del bosque, donde solo se le podría perseguir utilizando un caballo...

Barbotó una nueva sarta de maldiciones y dio marcha atrás con cuidado al borde del bosque escarpado.

—Está bien, volvamos —dijo, abatido.

Una hora más tarde divisaban las luces de la ciudad.

De todas formas, Tom Sheridan no se sentía frustrado del todo.

Tenía en su poder algo que podría servir para poner la soga al cuello del asesino: el hacha con la que había intentado asesinarles.

Capítulo 8

SHERIDAN miró a Adams con incredulidad.

—¿Dices que no hay huellas en el mango del hacha? —preguntó, desconcertado.

—Bueno... Solo las tuyas y las de Erle Stone.

—¿Seguro?

—Segurísimo. El mango está muy pulimentado por el uso y las huellas quedaron claramente impresas. Las tuyas, jefe, y las del pobre Erle. Y ¿sabes una cosa? He averiguado que esta herramienta pertenecía precisamente a Stone.

La sorpresa del jefe de policía fue tan expresiva que Adams se apresuró a añadir:

—Mostré el hacha a Ron Stanwich, el dueño del almacén de ferretería. Ron la examinó y me mostró un número grabado a buril sobre el acero. «Era de Stone, yo se la vendí», dijo. Y me hizo ver que todas las herramientas llevaban un número y él anotaba cuidadosamente este en la factura, de la que guardaba una copia.

Sheridan reflexionó, tras escuchar aquella información.

—En ese caso, hemos de admitir que el asesino robó esta herramienta para aniquilar a los Stone. Luego nos encontramos ante el arma del crimen —pronunció, distraído.

Adams se encogió de hombros. Lo suyo eran las huellas dactilares y la antropometría. Las deducciones quedaban para el cerebro esclarecido del jefe.

Sheridan remitió el hacha al juez, como prueba, y se sintió defraudado. Todas sus esperanzas tornaban a desvanecerse de nuevo, pues la pista del hacha volvía a un callejón sin salida.

Esa tarde se encontró en plena calle con Cherry Shirrefs, que llevaba un brazado de viejos periódicos bajo el brazo.

—¡Cherry! —exclamó el policía, gratamente sorprendido—. Me estaba preguntando si no habrías vuelto a California sin despedirte... Llevamos casi dos días sin vernos.

Ella tenía las finas mejillas arreboladas por el frío.

—Bueno, no quise molestarte —respondió con timidez—. Imaginé que el jefe de policía de Growberry tendría su vida privada. Ya sabes, una esposa, unos hijos...

La sorprendió la alegre y sonora carcajada de Sheridan.

—¿Por qué ríes? —preguntó ella, desconcertada.

—¡Cherry, yo soy soltero! —exclamó él, divertido.

¿Por qué se ruborizó intensamente la doctora Shirrefs...? Lo cierto era que el encendido rubor le sentaba maravillosamente.

—¿Qué te llevó a pensar que yo era un hombre casado? —preguntó Sheridan, luego.

—Pues... no sé. Tu aspecto... Tu personalidad, tan autoritaria... Quizá tu expresión, tan poco comunicativa en ocasiones —respondió Cherry, desorientada.

—Te equivocaste —dijo él—. Pero, bueno, ¿qué es ese brazado de periódicos?

—Estoy... estoy empapándome de historia local. Estos periódicos son muy viejos, de hace sesenta y setenta años. En ellos se publican algunas noticias relacionadas con los crímenes del legendario Andy Hennessy.

Sheridan quedó de una pieza.

—Vamos, Cherry, tú eres una mujer muy culta, nada menos que una doctora en Psicología. No irás a decirme que crees en esas fábulas...

Cherry sonrió enigmáticamente.

—Cualquier información puede resultar útil en un caso de asesinato tan insoluble como el de mi familia. Y ya no me cabe duda de que los crímenes están directamente relacionados con el misterioso «Espíritu Errante de Hennessy».

El jefe de policía dejó escapar una corta carcajada, pero enseguida su rostro recobró el hermetismo habitual.

—Escúchame bien, Cherry. Que Andy Hennessy fue un personaje real, parece fuera de toda duda —dijo—. Pero creer que su espectro sigue asesinando a diestro y siniestro, es propio de deficientes mentales. Y no creo que tú...

—¡Quién sabe...! —exclamó la doctora Shirrefs con expresión impenetrable—. Muchas veces las fábulas se convierten en realidad.

Sheridan se dio la vuelta, exasperado.

Pero ella le tomó por un brazo.

—Cálmate, Tom. Por el momento, solo me anima el interés de informarme minuciosamente acerca de la personalidad del fabuloso Hennessy. ¿Qué mal hay en ello?

—Pero tú trabajo, Pasadena...

—Trabajo para la Fundación Russland, de Pasadena. Pero he obtenido fácilmente licencia indefinida, de modo que puedo dedicarme a lo que me plazca. Sí, ya lo sé —se apresuró a advertir, al percibir el disgusto del policía—: Nadie tiene derecho a interferir en las investigaciones policiales, pero yo sí tengo derecho a que se haga justicia, a que la persona que asesinó ferozmente a mis familiares pague por lo que hizo.

Había puesto tanta fuerza emotiva en sus palabras, que se le saltaron las lágrimas.

Impresionado, Sheridan la tomó por un brazo.

—Ven conmigo. Tomaremos una copa y charlaremos. No me gusta verte tan alterada.

Entraron en un bar próximo. Era un establecimiento decorado al estilo mexicano donde se servían comidas y bebidas típicas de aquel país.

Cherry se inclinó por un vino tinto de Las Grandas con gambas a la plancha y el policía eligió lo mismo.

Sentados en una rústica mesita apartada, bebieron, comieron las gambas y fumaron cigarrillos.

—Me han dicho que fuiste a visitar a la anciana Azelda Stone, madre de Erle —dijo de pronto Sheridan.

—Me pareció un deber de cortesía, aunque yo no conocía personalmente a la madre de mi cuñado. Fue una entrevista... sorprendente.

—¿Por qué?

—Me habían prevenido que la vieja estaba chocha y a menudo perdía el hilo de sus pensamientos. Sin embargo, yo la encontré extraordinariamente lúcida para su edad. Recordaba con exactitud las fechas de los acontecimientos familiares y me relató numerosas anécdotas familiares y locales con notable gracejo y simpatía.

—Vaya —exclamó Sheridan—. Debiste cogerla en uno de sus pocos momentos de lucidez.

Y le relató la divagante actitud de la abuela cuando fue a comunicarle el fallecimiento de sus familiares.

—Pues conmigo fue todo lo contrario —afirmó la doctora Shirrefs, depositando la ceniza de su cigarrillo sobre una artística escudilla de barro dispuesta a tal fin—. Todavía más: dijo algo que me sorprendió muchísimo.

—¿A qué te refieres?

—Poco antes de despedirme de ella, le pregunté si creía en esa leyenda del «Espíritu de Hennessy» y si ella pensaba, como algunos, que el espectro era responsable de la muerte de los Stone.

—¿Y qué respondió?

—Se excitó muchísimo, cuando suscitó el tema. Dijo que ella había tenido una visión, hace exactamente ocho años.

—¿Una visión? —exclamó Sheridan, arrugando el entrecejo.

—Sí. Afirmó que había tenido una visión, que no era sino el anticipo de lo que finalmente ocurriría a la familia Stone. Pero añadió algo más, dijo que después morirían otras personas, todas ellas víctimas del «Espíritu de Hennessy».

Sheridan bufó de pura indignación.

—¿Y tú le diste crédito? ¡Esa vieja está trastornada! Es un típico caso de deterioro mental, causado por la senilidad...

—Es posible —asintió la doctora Shirrefs—. Pero cuando habló conmigo se mostró muy sensata. Y, por cierto, le pregunté si sabía los nombres de las personas que morirían después de los Stone...

—Y, naturalmente, no supo qué responder —sugirió Sheridan.

—Te equivocas. Afirmó que las próximas víctimas del «Espíritu de Hennessy» eran dos hombres. Incluso citó sus apellidos: Tauton y Beltane —refirió Cherry.

—¡Tonterías! —se encrespó el jefe de policía—. ¿Quién podría saber tal cosa? Ni siquiera tenemos la seguridad de que el asesino de tu familia vuelva a matar...

Cherry entornó los ojos.

—¿No? Pues yo estoy segura de todo lo contrario. Su decisión asesina está demostrada: atacó a Ralph Bellamy y estuvo a un paso de asarnos vivos a nosotros dos —protestó vivamente la joven.

Naturalmente, Sheridan no podía rebatir sus argumentos. Pero tampoco podía creer en las locas premoniciones de una vieja chiflada como Azelda Stone.

Estaba llenando los dos vasos de vino, cuando alguien penetró atropelladamente en el establecimiento.

Era el agente Jolly Pollard, que en cuanto reconoció al jefe de policía se abrió paso entre los parroquianos y se acercó a la mesa.

La expresión excitada que animaba las juveniles facciones de Pollard, hizo sospechar a Sheridan que algo importante acababa de ocurrir.

—¿Qué sucede, Jolly?

—Un aviso urgente desde el rancho «Wide Fields», jefe —susurró el policía a su oído—. El que llamaba era el coronel Wansfell. ¿Quiere venir conmigo? Ha ocurrido algo que... Pero será mejor que se lo cuente fuera.

Sheridan se puso en pie.

—Tendrás que disculparme, Cherry. Tengo que ir a comisaría —se excusó.

Pero la doctora Shirrefs se incorporó igualmente.

—¿No podría acompañarte? —dijo. Y añadió con una sonrisa suplicante —: Te prometo que no entorpeceré tu trabajo.

El policía vaciló. Pero finalmente dejó unos billetes sobre la mesa y gruñó:

—Vamos.

Los parroquianos les siguieron con la vista, curiosos, cuando los dos policías y la mujer salieron a la calle.

—¿Y bien...? —inquirió Sheridan, caminando a largos pasos hacia la comisaría.

—El coronel estaba muy excitado, según asegura Groger. Creo que ha

descubierto los cadáveres de dos de sus empleados en el rancho «Wide Fields».

Sheridan se detuvo en seco.

—¿Ha dicho... dos cadáveres?

—Así es, jefe. Durante el verano, como usted sabe, el coronel contrata a numerosos empleados eventuales, pero en esta época del año solo dos hombres cuidan del rancho y los caballos. Son Herb Tauton y John Beltane. El coronel aseguró por teléfono que ambos están muertos —respondió Jolly.

El jefe de policía palideció.

¿No eran Tauton y Beltane los nombres que la abuela Stone había nombrado como próximas víctimas del «Espíritu de Hennessy?

Capítulo 9

DELANTE rodaba el «Dodge» *todo-terreno* que conducía personalmente el jefe de policía Sheridan.

Le seguía un *jeep* de la policía y el automóvil en el que viajaban el doctor Clyde Herman y el representante del juez, Frank Sloane.

Cherry, que se sentaba a la derecha de Tom Sheridan, dirigía a este disimuladas y frecuentes miradas.

El jefe de policía dirigía su atención adelante tenazmente. Sus músculos faciales estaban contraídos y las mandíbulas firmemente apretadas.

—Parece íntimamente preocupado, pero también desconcertado — pensó la mujer.

Con el fin de distraer sus pensamientos, Cherry carraspeó y dijo:

—¿Quién es ese personaje, el coronel Wansfell?

Sheridan la miró fugazmente y respondió:

—¿Robert Wansfell? Todo un personaje, como tú acabas de decir. Un famoso oficial de la fuerza aérea, un rico propietario y también una persona muy querida popularmente en nuestra ciudad.

—¿Está en activo?

—No. Sufrió una grave herida en la cabeza, durante un raid aéreo, en la guerra de Vietnam. Tuvieron que practicarle una operación en el cerebro, a vida o muerte, pero tuvo suerte y sanó. Creo que incluso tuvieron que adaptarle una placa de plata en el cráneo, pero sobrevivió y sanó. Creo que se retiró por propia voluntad. Ahora debe tener unos cincuenta y dos años.

Se produjo una pausa. Sheridan conducía a mediana velocidad a lo largo del camino cubierto de nieve sucia, aplastada por las ruedas de numerosos vehículos.

—Dijiste que Wansfell era un personaje muy querido en Growberry — suscitó Cherry, al cabo.

—Es cierto. Es persona muy simpática y entregada a los demás. Ostenta numerosos cargos honorarios en obras sociales, sobre todo las destinadas a la infancia, a la que adora. Dirige y organiza torneos deportivos, sufraga becas, ayuda a los chicos en todo momento...

—Ya. ¿Cuál es su aspecto?

—Pues... no es lo que podría llamarse un hombre apuesto. De estatura más bien baja, delgado, pero muy ágil y ligero. Sus facciones son vulgares, redondeadas y cetrinas. Además es calvo. Todo lo cual...

Se interrumpió. El camino se bifurcaba en dos y Sheridan torció el volante para tomar la senda de la izquierda.

Cherry advirtió que el camino se tornaba más y más dificultoso a medida que ascendían. El terreno era muy quebrado, con cumbres pobladas de abetos y pinos en su mayoría, vaguadas profundas y riscos erizados en algunos promontorios.

Tras una media hora más de camino, en la oscuridad profunda brillaron unas lucecitas titilantes.

—Ya llegamos —anunció el jefe de policía.

Los vehículos descendieron una pronunciada y tortuosa pendiente, escalaron una loma y se detuvieron finalmente ante un gran edificio dotado de construcciones auxiliares en los alrededores.

En la fachada se encendió un potente foco, se abrió la puerta de madera labrada del porche y alguien descendió los peldaños.

Cherry supo enseguida que aquel hombre era el coronel Robert Wansfell, pues Sheridan había sabido describirlo magistralmente con unas pocas palabras.

El jefe de policía bajó del «Dodge» y aguardó al doctor Herman y al agente judicial Sloane.

Cuando los tres se aproximaron al coronel, Cherry vio brillar unas lágrimas en los ojos grises de Wansfell.

Luego Sheridan vino hacia el porche y preguntó a través de la ventanilla.

—¿Quieres quedarte aquí, Cherry? Supongo que para ti, la visión de unos cadáveres no sería un espectáculo muy agradable.

La joven tragó saliva.

—A pesar de ello, prefiero acompañarte —dijo.

—Está bien, como quieras —respondió el policía, un tanto disgustado.

Subieron los peldaños de piedra y penetraron en la casa. En el magnífico vestíbulo, Cherry prestó atención a las trémulas palabras del coronel Wansfell.

—... no suelo venir mucho por aquí en esta época del año, pero esta tarde hice una llamada telefónica a mis dos empleados. Quería asegurarme de que «Renaissance» se encontraba ya recuperada. «Renaissance» es mi yegua favorita y sufrió un enfriamiento hace una semana. Así que, como les digo, llamé por teléfono. Pero mis empleados no atendieron mi llamada, a pesar de que insistí varias veces a lo largo de la tarde. No es normal que Tauton y Beltane permanezcan mucho tiempo fuera de la casa, sobre todo en esta época del año. De modo que me sentí alarmado, tomé mi coche y vine...

Su voz se quebró. Indudablemente, aquel hombre se sentía muy impresionado.

—Pero me asusté aún más cuando llegué aquí y ninguno de mis

hombres llegó a recibirme. Recorrí la casa. Estaba vacía. Luego fui a los establos. Sus cuerpos estaban allí, sobre unos fardos de paja y... ¡Dios me proteja! decapitados en medio de un charco de sangre —narró el ex coronel Wansfell.

—¿Quiere guiarnos hasta allí, por favor? —pidió el jefe de policía.

—Lo... lo intentaré, aunque no sé si podré resistirlo nuevamente. Me ha causado... ¡ah! una profunda e imborrable impresión. Pero, en fin, señores, vayamos allá.

Sus pasos eran inseguros cuando guio a los recién llegados a través de un ancho pasillo que terminaba en un patio interior muy espacioso.

Al otro lado estaba el establo. Una puerta metálica sobre raíles aparecía a medio cerrar.

Cruzaron el patio y penetraron en el anchísimo establo, a lo largo del cual se alineaban dos docenas de pesebres individuales.

La mitad de ellos estaban vacíos, pero en la parte de la izquierda se veían catorce magníficos potros. Según pudo calcular Cherry, que no entendía mucho de caballos, eran animales de raza, puras-sangres, a juzgar por la perfecta lámina y la proporción de sus miembros.

Wansfell señaló hacia la derecha con un tembloroso brazo extendido.

—Están allí... Tras los fardos de paja.

Cherry avanzó unos pasos en pos de las autoridades y se detuvo a respetable distancia. A pesar de todo, le fue imposible contemplar las siluetas de dos cuerpos humanos yacentes en mitad de la paja empapada en sangre.

Cherry apartó la mirada, estremecida.

Minutos después, Tom Sheridan llegaba junto a ella y la tocaba en el brazo.

—Será mejor que no mires. Es algo... repugnante —dijo.

Y la apartó unos metros de aquel lugar.

Sheridan, Sloane y el doctor Herman se reunieron con el trastornado coronel Wansfell.

Aunque el jefe de policía hablaba en un susurro, la joven pudo oír perfectamente las palabras que Sheridan dirigía al juez.

—Los han decapitado, en efecto. Pero ¿dónde están sus cabezas? Hemos echado una ojeada por los alrededores, dentro del establo, pero no las hemos hallado.

Wansfell pareció ir a desvanecerse. Vaciló sobre sus piernas y Sheridan hubo de sujetarlo por un brazo.

—Eso... eso es lo que más me impresionó —confesó el exmilitar con voz ahogada—. Confieso que me sentí aterrado tras hacer el descubrimiento. No tuve valor para registrar el resto de las dependencias. En realidad... el miedo me impulsaba a volver a mí coche y huir de aquí, pero me sentía tan desquiciado que imaginé que no llegaría muy lejos, en tan deplorable

estado de nervios. Por eso hice lo que estaba a mí mano: telefonarle.

Sheridan se reunió con sus policías y les dio unas instrucciones en voz baja.

Al cabo de unos minutos, Tom volvió junto a Cherry y susurró:

—¿Podrías hacerte cargo del pobre Wansfell? Tú has debido estudiar Medicina y conocerás algún medicamento que le ayude a recuperarse. Por favor, llévatelo de aquí. Creo que hay una cocina bien surtida. Prepara té o café. Mucho me temo que tengamos que pasar muchas horas aquí antes de que podamos volver a Growberry.

—Confía en mí. Yo me ocuparé de Wansfell —asintió la joven.

Caminaron juntos hasta el coronel y el policía dijo:

—Esta es la doctora Shirrefs. Ella le cuidará, coronel.

Cherry tomó a Wansfell por un brazo y se lo llevó del establo.

Hacía frío dentro de aquella enorme casa de piedra y madera, por lo que Cherry prendió fuego a los troncos de la chimenea de aquel espacioso salón decorado con trofeos de caza y preciosas fotografías de aviones de todas las épocas.

En cuanto el fuego hubo prendido, Cherry acomodó al coronel en un sillón situado junto al fuego.

—Le traeré enseguida una infusión, coronel —anunció amablemente—. Pero quizá le vendría bien tomar una copa para entonarse.

Robert Wansfell, asintió, agradecido.

—Un poco de brandy, por favor. El bar está situado allí —señaló un extremo del espacioso y confortable salón.

Cherry cruzó la estancia. Estaba seleccionando una botella de brandy viejo, cuando su atención quedó atraída por aquel viejo cartel amarillento, prendido en la pared forrada de madera.

Un viejo cartel en el que se anunciaba que las autoridades de Growberry pagarían 4.000 dólares en oro al que capturase —vivo o muerto— al peligroso Andy Hennessy. Había un viejo daguerrotipo con el rostro de Hennessy, cuyas aviesas y repugnantes facciones hicieron estremecer a Cherry.

Que se sintiera impresionada era más que lógico, pues el rostro impreso sobre el cartel no podía ser más desagradable: unos cabellos hirsutos como cerdas de jabalí, una frente estrecha y deprimida, cejas espesas y muy arqueadas, ojillos pequeños y malignos, nariz corta, achatada y distendida salvajemente y unos labios finos, delgados y fríos, amén de un bigote ralo pero tieso y descuidado.

—¡Vaya, qué casualidad! —exclamó Cherry. Y dirigió una rápida mirada al coronel Wansfell, que contemplaba las llamas, ajeno a su observación.

Superando su sorpresa, Cherry tomó una botella de brandy, vertió una generosa ración en una copa adecuada, la puso en una bandeja y la dejó

sobre una mesita al alcance del coronel.

Eran las nueve de la noche.

Mientras Cherry trajinaba en la cocina, los ocho policías que habían acompañado a las autoridades registraban minuciosamente todas las dependencias del rancho «Wide Fields».

Quince minutos después, Tom Sheridan penetró en la cocina y pidió a Cherry una taza de café negro.

Tras escrutar su rostro, Cherry comprobó la extrema palidez de las facciones del policía.

Puso una taza con el aromático y caliente líquido en su mano y vio cómo él lo tomaba a rápidos sorbos.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó ella al fin, ya que Sheridan tomaba el café sin murmurar una sola palabra.

Tom asintió.

—Hemos hallado las cabezas decapitadas de Beltane y Tauton —declaró con voz sin inflexiones.

—¿Dónde estaban? —inquirió ella con ansiedad.

El delgado rostro del policía se crispó.

—¿De veras quieres saberlo? —exclamó, violento.

Cherry se inmutó. ¿Qué era lo que ocurría al hierático policía?

—Desde luego que sí —declaró, al fin.

Sheridan apartó la taza de sus labios y escupió en el suelo con evidente descortesía.

—El coronel Wansfell es un hombre muy aficionado a los caballos de raza, pero también a los perros —dijo—. Uno de los edificios auxiliares está destinado a perrera. Y el coronel tiene allí dos docenas de magníficos galgos.

—Pero...

—¿No querías saberlo todo? Pues lo sabrás. *El asesino arrojó a los perros las cabezas de Tauton y Beltane.*

—¡Dios mío! —gimió la doctora Shirrefs sin poder contenerse.

—Ya te lo dije... Eso es lo que hemos descubierto. No sé cómo los galgos no devoraron esos tristes trofeos, porque la verdad es que están hambrientos —añadió Sheridan.

Capítulo 10

NO había hecho más que dejarse caer pesadamente sobre el sillón situado tras su escritorio, cuando Jolly Pollard penetró en el despacho.

—Siento molestarle, jefe, pero tengo que darle un recado —dijo el joven policía.

—Está bien. ¿De qué se trata? —pronunció Sheridan, desganado.

—La doctora Shirrefs ha estado llamando toda la tarde, mientras usted estaba en la sierra coordinando las operaciones de rastreo.

—¿Qué quería?

—No lo dijo. Pero dejó el encargo de que usted la llamase al hotel en cuanto llegase —explicó Pollard.

—Muy bien, Jolly. La llamaré ahora —dijo el jefe de policía. Y Jolly se marchó.

La verdad era que ni siquiera tenía fuerzas para elevar el auricular y marcar un número. De todas formas, lo que hizo en primer lugar fue encender un cigarrillo y fumar ávidamente, pues llevaba no menos de seis horas sin poder hacerlo.

Se sentía de un humor de perros. Y con toda la razón.

Tras el pavoroso asesinato de los Stone, habían muerto otras dos personas, sádicamente asesinadas y mutiladas.

La muerte de Tauton y Beltane fue la gota que hizo rebosar el vaso. Inmediatamente los medios de comunicación comenzaron a atacar con todo descaro al jefe de policía de Growberry.

Frases tales como: «un inepto»... «verdadera decepción»... «Situación insostenible...» «Pánico ciudadano», etcétera, etcétera, sonaban en la radio o se veían impresas en los diarios.

Sheridan había recibido una llamada telefónica del gobernador.

—Todos tenemos un límite en cuanto a resistencia e incluso capacidad profesional, Sheridan —se había permitido observar el gobernador—. Si usted presentase su renuncia al cargo... O, simplemente, si reclamase la ayuda de la policía federal.

—Pero no. ¡Maldita sea, no! —pensó Tom.

Thomas Sheridan no iba a darles aquel gusto a los de la Oficina Federal. Claro que el gobernador podía decidir por sí mismo: estaba dentro de sus atribuciones exigir la intervención de los de la Oficina de Investigación Federal, desde luego.

De momento, disponía de un plazo. Cuatro días: ese era el plazo

máximo especificado por el gobernador del Estado. Y después...

Cuando se dio cuenta, estaba fumándose el filtro del cigarrillo. Aplastó la colilla con rabia, encendió otro y luego descolgó el teléfono y marcó el número del «Central Hotel», donde se hospedaba Cherry.

La operadora le puso con la habitación 68 y enseguida oyó la voz de su amiga.

—Cherry Shirrefs al habla. ¡Ah, eres tú, Tom! Estaba ansiosa por hablar contigo. ¿Qué tal ha ido tu trabajo?

—Desastroso —gruñó el policía, sin concesiones—. ¿Qué es lo que querías?

—Aparte de verte, hay algo que quiero consultar contigo.

—Muy bien. ¿A qué esperas?

—Verás... Tengo una desconfianza innata al teléfono. Es mejor que hablemos de ello a solas. ¿Podrá ser?

—Sinceramente, estoy derrengado, Cherry —jadeó su interlocutor—. Durante cuatro días he conducido miles de kilómetros y escalado colinas, descendido a precipicios, consumido comidas frías y dormido en un coche. Pero si tienes tanto interés.

—Escucha: he alquilado un «Tasha» japonés, un pequeño coche *todo-terreno*, por si me veía en la necesidad de trasladarme rápidamente a alguna parte —anunció la doctora Shirrefs—. Si te parece bien, pasaré a recogerte a la comisaría. Daremos una vuelta por las calles de la ciudad. Tú solo tendrás que acomodarte en el asiento y escucharme. ¿De acuerdo?

—Está bien. Te espero —respondió el jefe de policía.

Terminó de fumar el cigarrillo, al cabo de lo cual se puso en pie lentamente y abandonó el despacho.

Se asomó al cuerpo de guardia, advirtió a Jolly Pollard que salía en compañía de la doctora Shirrefs y cruzó el pasillo, seguido por la mirada conmisericordiosa del animoso Jolly.

Cinco minutos después, un grotesco y cuadrado cochecillo se detenía ante él.

Sheridan rodeó el vehículo y se preguntó, escéptico, si sus casi dos metros de humanidad cabrían en aquel reducido receptáculo.

Pero el coche era interiormente más espacioso de lo que había imaginado y pudo acomodarse con cierta facilidad junto a Cherry, si bien con las rodillas pegando con el tablero de instrumentos.

Cherry, que había contemplado su maniobra con expresión divertida, metió una velocidad y el vehículo se separó de la acera.

—Pareces muy desmejorado —observó ella mientras conducía a pequeña velocidad a lo largo de una de las espaciosas avenidas de Growberry.

Sheridan rio sin ganas.

—¡Y todavía piden mi cabeza! —se lamentó. Y narró a Cherry su

conversación telefónica con el gobernador del Estado.

De repente, Cherry dijo aquello:

—Creo que los que piden tu cabeza se quedarán con las ganas. Porque vamos a desenmascarar al «Espíritu de Hennessy».

—¡Oh, por favor, no bromees ahora! —se lamentó el policía.

—No bromeo en absoluto —dijo ella, seria—. Yo sé quién será la próxima víctima del sádico «Espíritu».

—¿Volvemos a las andadas? —gruñó Sheridan, desalentado.

Cherry frenó suavemente junto al parque Lombridge y cuando el vehículo se detuvo se volvió hacia su acompañante.

—Tom, Tom, en todas las leyendas, por increíbles que parezcan, hay algo de verdad. O al menos algo aprovechable. Te lo explicaré. Después de asesinar a todos los miembros de su propia familia, el temible Andy Hennessy, asaltó a un joven llamado Rudy Stone, al que robó cuanto llevaba encima, después de matarle y despedazarle. Más tarde, su siguiente víctima fue un anciano llamado Alfred Tauton. Y el tercero se llamaba Will Beltane. ¿Vas comprendiendo?

Cherry, que escrutaba la expresión del policía, advirtió que sus ojos se animaban.

—¿Es cierto todo eso? —exclamó Sheridan.

—Rigurosa e históricamente cierto. No solamente consulté los periódicos de aquella época, sino que me documenté en el archivo judicial, para lo que se prestó gentilmente Frank Sloane.

—Ya.

—¿Tienes celos de Frank? —rio Cherry, encantada—. Está bien, sigamos. Después del asesinato de Beltane, Andy Hennessy mató a un buhonero llamado Harmand...

—¿Harmand? Solo conozco a una persona en Growberry que se llama así. Lou Harmand tiene un cebadero de terneros a unos cinco kilómetros de Growberry, hacia el Norte —observó el jefe de policía.

—Exactamente. Acabo de informarme de ello. Si mis cálculos se ven confirmados, Harmand será la próxima víctima —especificó la joven con solemnidad.

—¿Solo porque hace setenta años Andy Hennessy matara a un buhonero del mismo apellido? —preguntó Sheridan, escéptico.

—No solo por ello. He averiguado que aquel buhonero era abuelo de Lou Harmand —declaró la doctora Shirrefs.

Sheridan se pasó una mano por los cabellos en un ademán nervioso muy poco habitual en él.

—Todo esto es una locura —murmuró entre dientes—. Y él mismo se dio una respuesta a aquel comentario—: Pero al cabo, ¿qué perderíamos con poner bajo vigilancia el cebadero de Lou Harmand?

Cherry asintió, sonriente.

—Ese es un razonamiento muy sensato —opinó—. ¿Por qué no tomar todas las precauciones necesarias?

De repente, el hombre la tomó bruscamente por los hombros y la zarandeó sin rigor.

—Te estás saliendo con la tuya, ¿eh? —exclamó—. ¡Me estás manejando a tu antojo!

La mujer fue a protestar, pero Tom se inclinó sobre ella y la besó ansiosamente en los labios.

Fue una caricia absorbente y profunda, que duró casi un minuto. Al fin, el hombre se separó y jadeó:

—Estaba deseando hacerlo...

—Y yo que te decidieras —respondió Cherry con una sonrisa pícara.

* * *

Hacia las diez de la mañana, Jolly se removió inquieto en el asiento.

Luego tomó los prismáticos y volvió a observar el sencillo tinado, el pozo, el granero, los cercados y los pastizales tendidos por la nieve.

—Es extraño, jefe —murmuró el joven agente.

—Extraño, ¿qué?

—Un ganadero como Harmand no suele permitirse el lujo de permanecer en la cama hasta las diez de la mañana. Y además, anoche cuando llegamos aquí no divisamos ninguna luz en ese tinado.

—Era demasiado tarde y probablemente Harmand se había acostado ya. Sin embargo, tienes razón. Lou debería haberse levantado ya. Quizá se le hayan pegado las sábanas. Esperaremos un rato más y después.

A las diez y media, Sheridan dio a Jolly la orden de ponerse en marcha.

El «Dodge», que había sido cuidadosamente enmascarado con ramas de pino, rodó hacia adelante, descendió de la loma donde crecían espesos matorrales y se dirigió directamente al cebadero de terneros de Lou Armand.

Armand, de 42 años, era soltero y un tanto misántropo. Por lo regular, dormía en su tinado y rara vez se acercaba a la ciudad.

Cuando llegaron ante la construcción principal, Sheridan descubrió una chimenea en la parte anterior del edificio. Pero de allí no brotaba la más leve voluta de humo.

—Me da en la nariz que Harmand no está aquí —dijo Loggan en el momento que ponía pie en tierra—. ¿Dónde está su camioneta?

—Es cierto —asintió Jolly—. Tenía una camioneta «Ford», en la que transportaba los piensos y los terneros que llevaba al matadero. Pero la camioneta no se ve por ninguna parte.

Sheridan se estremeció.

—¿Habremos llegado tarde? —temió en su interior.

La parte anterior del tinado, dividida por un tabique del resto, era la vivienda de Lou Harmand. Tenía una puerta de hierro pintada de verde y una pequeña ventana de cristales sucios, a través de la cual trataron de atisbar los policías.

—No hay nadie ahí dentro —exclamó Jolly, que tenía una vista envidiable—. Se trata de una sola pieza y está vacío.

—Echemos una ojeada al tinado —propuso el jefe.

El tinado tenía dos puertas. La más próxima situada a mitad de la construcción, en su fachada sur; la segunda en el extremo opuesto, que comunicaba directamente con los corrales.

Tuvieron que pasar la cerca y desde allí vieron que el portalón estaba entreabierto.

Penetraron a través de la abertura. En el primer momento, Sheridan pensó:

—Harmand ha vendido todo su ganado y se ha marchado a otro lugar.

Pero un momento después comprobaron la terrible verdad. Fue Jolly el que advirtió que sus botas estaban manchadas de sangre coagulada.

Rodearon los fardos de heno que obstaculizaban parcialmente la visión y vieron a los animales que yacían inmóviles sobre el estiércol.

—¡No es posible! —exclamó Loggan, sobrecogido.

No tuvieron más que inclinarse sobre los inmóviles terneros para comprobar que todos habían sido degollados.

Espeluznados, los policías contaron hasta cincuenta y ocho animales sacrificados. Se trataba de terneros cebados, añejos, todos los cuales habían sido degollados de tremendos tajos en la garganta.

—Es una verdadera balsa de sangre —dijo Sheridan, esforzándose inútilmente en no mancharse las botas con la sangre coagulada que llenaba el piso del establo.

En el corazón del jefe de policía se desató la ira.

¿Quién sería el monstruo capaz de llevar a cabo semejante salvajada, inútil a todas luces, por lo demás...?

Sin embargo, recordó a Harmand en aquel momento y sus cabellos se erizaron, porque lo lógico era que el individuo que no había reparado en provocar aquella orgía de sangre hubiera sacrificado igualmente al ganadero.

Registraron cuidadosamente todo el tinado e incluso el granero próximo, pero no hallaron el cadáver de Harmand.

Sheridan dejó escapar un suspiro de alivio y deseó fervientemente que Lou se hubiera salvado.

Por otra parte, todo parecía indicar que el ganadero no se encontraba en el cebadero cuando el fanático asesino llegó a aquel lugar. El hecho de que faltara la camioneta, sin embargo, podía tener una doble explicación: era posible que Harmand se hubiera visto obligado a salir de viaje, pero...

también podía sospecharse que el asesino hubiera utilizado la camioneta para llevarse lejos el cadáver del solitario Lou Harmand.

Sheridan dio a sus hombres la orden de regresar a Growberry y sus hombres comenzaron a recorrer la ciudad en busca de noticias de Harmand.

A las seis de la tarde, Sheridan obtenía la información necesaria: el empleado de una estación de servicio de las afueras de Growberry declaró a la policía que Lou Harmand había emprendido viaje a Harperburg con el fin de adquirir pienso para sus terneros. Según había comentado el propio Harmand, pensaba estar de vuelta hacia el atardecer del día siguiente.

Sheridan respiró más tranquilo. Por fin comprobaba que Harmand había escapado a un destino fatal.

Pero su satisfacción no duró mucho. A las siete de la tarde, se recibió un aviso por radio desde un auto-patrulla del servicio de carreteras.

El informe podía resumirse así: la dotación del auto-patrulla se había detenido en la carretera al encontrar una camioneta «Ford» que ardía por los cuatro costados, en la cuneta.

Dentro de la cabina había un hombre achicharrado. Los agentes intentaron sacarlo de allí, pero cuando lo consiguieron el pobre hombre estaba muerto.

De pronto, los policías advirtieron que un hombre huía a caballo. Fue una aparición sorprendente, pues caballo y jinete lanzaban rarísimas fosforescencias verdosas a la difusa luz del anochecer.

El jinete no obedeció a las órdenes de alto de la policía, por lo que los agentes se vieron obligados a disparar ráfagas de metrallera que, sorprendentemente, no parecieron alcanzar al jinete de la cabellera rojiza, el cual poco después se perdió en los linderos de una zona boscosa próxima a la carretera.

En cuanto a la víctima, los agentes habían encontrado sus retorcidos documentos personales. No sin cierta dificultad consiguieron averiguar que se trataba de Lou Harmand, ganadero residente en Growberry, cuyos restos carbonizados viajaban ya hacia esta última ciudad en una ambulancia.

Sheridan quiso saber si la camioneta de Harmand había volcado e incendiado por sí misma.

—Yo no lo creo así, señor Sheridan —respondió el sargento Tyles—. No creo que ardiera por sí misma. El vehículo no volcó, sino que estaba orillado en la cuneta. Por otra parte, la cabina está completamente destrozada. Ya sé que es algo absurdo, pero yo diría que dispararon contra la camioneta con un cañón. O quizá un bazooka.

—¿Un bazooka, sargento? —repitió Sheridan, incrédulo.

—Sí, jefe. Eso es lo que pienso. E imagino que usted mismo pensará igual cuando eche una ojeada a este amasijo de planchas calcinadas —le respondieron.

Sheridan comenzó a distribuir instrucciones como un loco.

Tantos hombres se dirigirían inmediatamente al punto kilométrico donde se encontraba la destrozada camioneta del ganadero, tantos otros registrarían las zonas próximas y los demás establecerían controles en los cruces y puntos más estratégicos.

El contingente policial se puso en marcha inmediatamente. Incluso el jefe Sheridan tomó un automóvil y se trasladó rápidamente al punto donde un loco montado a caballo había disparado con ¡un bazooka! contra el infeliz Lou Harmand.

Pero antes de llegar a su destino, Tom Sheridan estaba seguro de que el misterioso «Espíritu de Hennessy» se habría esfumado en el aire.

Capítulo 11

C HERRY Shirrefs miró a Tom con ternura y preocupación.

—Vamos, *jefe*: es preciso que levantes el ánimo —susurró, cariñosa. Sheridan sonrió apenas.

—Es inútil: ya he redactado mi escrito de dimisión. Me he convencido a mí mismo. Soy un perfecto inútil —exclamó, con amargura.

—Yo estoy convencida de todo lo contrario. Tú haces todo lo que puedes. Y no eres responsable de esos asesinatos. Es un espíritu diabólico, sutilmente inteligente y escurridizo. Pero estoy segura de que al final le atraparás —dijo ella, con calor.

Sheridan encendió un cigarrillo.

Luego alzó la mirada hacia la mujer que tenía enfrente.

—Dime, Cherry... ¿Quién crees tú que es el asesino? —preguntó de improviso.

Ella entornó los ojos en actitud de profunda concentración.

—Pues... Te diré. Cuando me hablaste de la muerte de Harmand, pensé mucho. Acepté sin más el empleo de un bazooka. ¿Quién sabría utilizar un arma así? Un militar profesional, desde luego. Y creo que es a partir de ahí de donde debíamos empezar a trabajar. Sin embargo, creo que hay cosas más urgentes. Por ejemplo: impedir el próximo asesinato.

Sheridan botó sobre su asiento.

—¿El próximo asesinato?!

—El «Espíritu» no se detendrá en eso, estoy segura. Y el próximo de la lista cronológica es Max McGardle, el dueño de la serrería situada en las estribaciones de la sierra. Creo que deberías prevenirle. Su vida está en peligro. Según tengo entendido, McGardle, su esposa y sus dos hijos tienen una vivienda junto a la serrería...

—Es cierto. Y sus dos hijos son de corta edad. Creo que...

Se interrumpió. El agente Groger acababa de penetrar en el despacho sin llamar.

—Lo siento, jefe, pero ahí fuera está Ted Blasco, que quiere hablar con usted. Dice que es urgente.

—¿Blasco? Dile que no puedo atenderle ahora. Dile que estoy ocupado en algo más urgente, dile que...

Pero Ted Blasco apareció en ese momento en la puerta. Parecía muy excitado.

—Está bien, ¿de qué se trata, Ted? —preguntó Sheridan, disimulando su impaciencia.

—Verá, jefe —el hombre avanzó unos pasos con timidez—. Hace tres días me dieron el alta y anteayer fui a los talleres Goodwin para ver si habían reparado mi furgón. No lo han terminado hasta hoy. Cuando lo recogía, Bob Hagan, uno de los mecánicos, me dijo, burlón: «Al parecer, hay alguien que no te quiere muy bien, ¿eh, Ted?». Y me dio esto.

Blasco puso sobre la mesa un proyectil blindado, que Sheridan tomó y sopesó en la palma de su mano. Se trataba de una bala de gran calibre, apta para rifle.

—No logro entender...

—¿Cómo que no, jefe? —estalló el vendedor ambulante—. ¡Esa bala estaba dentro del neumático vacío! ¿Recuerda la rueda pinchada? Ahora ya lo sabe: dispararon contra mí. No se trató de un accidente casual. Así que tiene que...

—Sé muy bien lo que tengo que hacer, Ted. Y te agradezco que hayas venido. Pero ahora debo ocuparme de otra cosa —respondió Sheridan. Y despidió a Blasco, que marchó con Groger.

Marcó un número apresuradamente y esperó, intranquilo, ante la expectante atención de Cherry, que finalmente le vio sonreír.

—Sí, sí, soy Tom Sheridan, señor McGardle. Escuche con atención, por favor...

A las siete de la tarde, la sierra gigante seguía funcionando aún en la gran nave de la serrería McGardle.

Un solo hombre manejaba el pesado tren de transporte que conducía los troncos de casi un metro de diámetro a la brillante cinta de acero de la sierra que los dividía en listones simétricos y de parecidas proporciones.

Oculto detrás de una gran pila de tablones, Tom Sheridan comenzaba a perder la paciencia.

Era lógico: después de pasar tres noches sin dormir, aterido de frío y hambriento. Y para colmo... sin poder fumar. Bueno, esta última regla se la había saltado a la torera algunas veces, pues sus nervios llegaban a estar tan tirantes como alambres de acero bien tensados.

Tras la primera noche de inútil guardia en la serrería, Sheridan había comenzado a dar muestras de cansancio e impaciencia.

—Ten calma —le recomendó Cherry—. No podemos echar a perder todo el tinglado que hemos montado para atrapar al «Espíritu».

Y, como siempre, la doctora Shirrefs tenía razón.

Sheridan había hablado personalmente con McGardle y le había puesto al tanto de sus sospechas. Contra lo que el policía imaginaba, el maderero no había tomado a broma el asunto. Por el contrario, desde el principio se mostró dispuesto a colaborar con la policía en la tarea de asegurar su propia seguridad.

Disimuladamente, habían logrado sacar de la serrería a la señora McGardle y a sus hijos. Para ello, se dispuso un hueco en un camión cargado de tablones, que dejó a la familia del maderero en lugar seguro.

Sheridan, Loggan y Jolly Pollard habían llegado a la factoría maderera por el mismo conducto: ocultos por unas lonas en la caja del camión.

Durante el día permanecían alerta en una pieza anexa a la serrería y podían estirar las piernas beber y fumar.

Pero antes de anoecer pasaban a ocupar sus escondites en la nave de la serrería. Sheridan prefería propiciar que el ataque del asesino se produjese precisamente en aquella gran nave, donde sería muy fácil para los policías detectar inmediatamente la presencia de un intruso.

Cierto que McGardle no podía estar trabajando en la serrería toda la noche, pero el maderero, que era un hombre corpulento y de gran ánimo, se avino a prolongar su jornada laboral hasta el máximo. Se sabía bien protegido y soportaba una parte del riesgo sin temblar. Porque en realidad lo que Max McGardle deseaba es que aquella tensa situación terminase cuanto antes.

A las seis de la tarde, los diez empleados de McGardle terminaron su jornada laboral, cambiaron sus ropas y se marcharon a Growberry en la furgoneta de uno de ellos.

Ahora eran ya las siete y cuarto y Max seguía manejando imperturbable el cuadro de mandos desde el que se dirigía el movimiento de las máquinas.

La sierra, de diez centímetros de anchura, seguía dividiendo lentamente un grueso tronco como si se tratase de simples rebanadas. Lo peor de todo era el ruido infernal que producía la sierra.

—Si tuviéramos que guiarnos por el oído, el asesino nos sorprendería fácilmente —pensó Tom Sheridan.

Pero esto no le preocupaba demasiado. Porque en cuanto alguien penetrase por la pequeña puerta entreabierta situada al otro extremo de la nave, Loggan, Jolly o el propio Sheridan le verían enseguida.

Por lo demás la trampa estaba dispuesta para que el asesino no pudiera escapar una vez se hubiera acercado a la factoría maderera. A distancia prudencial y perfectamente camuflados en el bosque, Sheridan había situado a ocho de sus hombres, a los que permanecía unido mediante un radio-transmisor de corto alcance.

Precisamente estaba pensando establecer comunicación con los distintos puestos, cuando la luz piloto del radio-transmisor que llevaba colgado en su cuello comenzó a destellar tenuemente.

—¿Jefe? —retumbó junto a su oído la grave voz del agente Vaillant—. Aquí, Doug.

—¿Alguna novedad? —respondió Sheridan.

—Un jinete acaba de brotar de la zona boscosa de Apagawa Range...

¡Parece un verdadero fantasma! Brilla como una luciérnaga verde y cabalga al paso al borde de los árboles. Puedo verle perfectamente, incluso podría abatirle con mi rifle. ¿Quiere que dispare, jefe?

—No, Doug —respondió Tom, con la voz alterada por la excitación—. Es suficiente con el aviso. Pero di a tus compañeros que permanezcan atentos.

—¡Okey, jefe! —exclamó Vaillant—. ¡Esto se anima!

Sheridan asomó la cabeza por encima de la pila de madera y arrojó una piedra de regular tamaño contra el tímpano del tren de arrastre.

El golpe resonó como una campanada y McGardle se volvió inmediatamente a las alturas. Simultáneamente, Jolly y Loggan brotaron de sus escondites tras las pilas de madera arrimadas a la pared frontera.

Sheridan alzó la mano derecha. Era la señal convenida: McGardle y los dos agentes asintieron con el gesto. El maderero volvió a dedicarse con actitud indiferente a su trabajo y los policías volvieron a ocultarse.

Sheridan hizo otro tanto. A partir de allí permaneció con la mirada fija en la única vía de acceso por la que podía penetrarse en la nave de la serrería. El intruso no podría ver a otra persona que a su víctima, pues los policías permanecían ocultos a su vista.

Pasaron lentamente los minutos. Sheridan consultó su reloj de esfera luminosa: eran las siete y treinta y cinco de la tarde.

Hacia las ocho de la noche, a Sheridan le dolían los ojos de mirar fijamente a través de la ranura que le servía para atisbar.

Pero el asesino no aparecía.

A las ocho y media, Tom, ya impaciente, asomó su cabeza por encima de su parapeto y dirigió una ojeada a McGardle, que comenzaba a dar muestras de inquietud.

El gran tronco había sido reducido a tablones y el maderero se disponía a utilizar una grúa pesada para depositar otro sobre el tren de arrastre.

A las ocho cuarenta y cinco, el transmisor de Sheridan comenzó a destellar.

—¡Jefe! —era la voz de Doug Vaillant—. ¿Qué diablos está ocurriendo ahí abajo?

—Nada, por ahora —contestó adustamente Tom, aunque comprendía la inquietud de sus hombres—. Aguardad.

A las nueve en punto, McGardle terminó de aserrar otro descomunal tronco. Cuando las ruedas de la grúa se deslizaron sobre las elevadas vigas de acero, Sheridan dirigió instintivamente la mirada a las alturas.

¡Y entonces le vio...!

Los cristales de la ancha claraboya estaban llenos de polvo y telaraña, pero Tom vio con toda claridad la silueta que se inclinaba sobre el marco metálico del tragaluz.

En aquel justo momento, la claraboya se alzó y una menuda silueta se

descolgó por una cuerda hasta el amasijo de travesaños metálicos que sustentaba la cubierta de la nave.

No era alto, ni corpulento, sino pequeño, delgado y ágil como un mono. Su espesa cabellera roja e hirsuta, cubría un rostro maligno, de ojos brillantes, cejas pobladas, nariz achatada y un bigote enhiesto como cuerdas de alambre.

¡Era el propio Andy Hennessy redivivo...!

Inmovilizado por la sorpresa, Sheridan buscó torpemente el revólver en el bolsillo del chaquetón. Tan desmañadamente, que incluso la mira se enganchó en el forro y hubo de tirar violentamente para sacar el arma.

Ya se disponía a disparar, cuando el «Espíritu» movió el brazo derecho como un relámpago y lanzó su hacha de brillante filo contra McGardle.

Al parecer, ni Loggan ni Jolly habían advertido la irrupción del intruso. Sheridan afirmó la mano armada con la izquierda y apuntó. Justo en el momento en que el asesino se disponía a disparar a su vez contra él.

Pero su precaria estabilidad sobre una delgada viga de hierro se alteró. El arma que empuñaba el asesino chocó contra un hierro vertical y se le fue de las manos. Al no poder agarrarse a tiempo, el hombrecillo vaciló en el aire y cayó desde quince metros de altura.

Sheridan se incorporó sobre el borde de su escondite y dio un grito. Desde arriba vio que el asesino había caído sobre el grueso tronco que McGardle estaba aserrando. A cuatro metros de distancia, clavada profundamente en la madera, se veía el hacha que el «Espíritu» había lanzado contra Max con intenciones asesinas.

Loggan y Jolly aparecieron por encima de sus pilas de tablones. Pero ¿qué hacía McGardle? En lugar de detener el tren de la sierra, contemplaba fijamente el cuerpo del hombrecillo, inmóvil sobre el tronco.

—¡PARE, PARE LA MAQUINA! —gritó Sheridan. Pero McGardle simuló no oírle.

Luego... la hoja de acero que partía el tronco dividió aquel cuerpo exánime en dos mitades y la blanca madera se tiñó de sangre.

Entonces, McGardle giró sin prisas y detuvo el tren y la sierra.

Sheridan se descolgó a tierra y se acercó, demudado.

—Pero ¿qué ha hecho? —apostrofó al maderero—. Probablemente, ese hombre estaba todavía vivo, aunque inconsciente. ¿Es que no tiene sentimientos humanitarios, Max?

—Él no los tuvo para con ninguna de sus víctimas —respondió fríamente McGardle.

Se aproximó al cuerpo despedazado, asíó la cabellera roja... y la peluca y la máscara de látex se desprendieron del rostro terroso del coronel Wansfell.

El «Espíritu de Hennessy» llevaba un modernísimo chaleco anti-bala bajo un fino chaquetón de ante.

C REO que tú sospechabas algo —acusó Sheridan, señalando a Cherry con un dedo extendido.

—No puedo negarlo. Sospeché cuando vi aquel cartel en el rancho «Wide Fields». Y luego reuní algunos datos: el criminal debía ser un perturbado y... Wansfell había sido operado en el cerebro. Llamé al hospital de Longharrows y supe que Wansfell no había quedado tan bien de la cabeza como todos creían...

—¿Por qué no me lo dijiste? —protestó Sheridan, irritado.

—Porque mis sospechas no constituían una prueba. Y nunca me ha gustado dañar a una persona inocente —dijo Cherry—. Pero además, el criminal había utilizado un bazooka, lo que acreditaba en el conocimientos bélicos suficientes. Cuando estuve en «Wide Fields», vi además unos específicos que se usan para tratar ciertas deficiencias mentales. Por desgracia, todo eso solo suscitó mis sospechas, pero no me aportó pruebas suficientes.

—Quizá tengas razón —Tom se acarició los cabellos, grises en los alardes—. Sin embargo, para mí constituyó una dolorosa sorpresa. Porque lo cierto es que yo admiraba a Wansfell.

—Y todo el mundo. Pero era un loco. Un loco visionario y un criminal sádico, un perturbado inteligente, un desquiciado capaz de razonar, de crearse una falsa personalidad. Bien, supongo que él no era dueño de sus actos.

Sheridan la miró con admiración...

—Eres muy comprensiva, Cherry. Los demás han pisoteado la memoria de Wansfell...

—Se han sentido estafados, engañados... ¿Y el truco del establo rodante? Demostró una astucia sin par habilitando un furgón para ocultar a su caballo. De esta forma podía dirigirse a cualquier sitio en el vehículo, dejarlo oculto, montar a caballo y... ocultarlo de nuevo en el furgón cuando se viese apurado —dijo Cherry, admirada a su pesar.

—Para mí, lo más sorprendente fue descubrir que Wansfell era nieto de Andy Hennessy...

—¡Ese es el secreto de todo el asunto! Wansfell estudió su árbol genealógico y descubrió la verdad. Leyó todo cuanto se había escrito acerca de Hennessy, se obsesionó y... adquirió la personalidad de un asesino. Luego quiso repetir la historia. Por fortuna, no le permitimos

terminar su macabra y loca tarea.

—Pero ¿cómo averiguó Azelda Stone que Tauton y Beltane iban a ser asesinados? ¡Parece cosa de brujería! —exclamó el policía.

—La abuela goza de excelente memoria en sus momentos de lucidez. Recordaba a todas las víctimas de Hennessy y el orden cronológico de sus muertes. Creo sencillamente, que llevó a cabo la misma deducción paralela que yo —respondió la doctora Shirrefs.

—En fin... —suspiró Tom—. Me temo que tendré que compartir mi sueldo contigo, querida... ¡Tú has hecho la mitad de mí trabajo!

Cherry contorneó el escritorio y con redomada coquetería se dejó caer sobre las piernas de Sheridan. Disimulando no advertir la turbación del hombre, pasó sus brazos alrededor del cuello varonil y le besó cálida y suavemente en los labios.

—De acuerdo, *jefe*. Compartiré tu sueldo, pero... solo después de que hayas obtenido una licencia matrimonial —susurró. Y volvió a besarle.

Viendo que no podía hacer ningún comentario, Tom tomó de la mesa su escrito de dimisión y comenzó a dividirlo en menudos fragmentos...

FIN



¡UN VIAJE MARAVILLOSO POR EL MUNDO DE LA ALEGRÍA!

LOS DUEÑOS

ME 2-15



¡QUÉ LINDO COCHE
ES SUYO, COMPA-
ÑERO!



DEPENDE

¿DEPENDE
DE QUÉ?



LE EXPLICO, CUANDO
HAY QUE SALIR DE
COMPRAS, ES DE YA-
YITA



CUANDO HAY QUE
IR AL FÚTBOL, ES DE
MI SUEGRO



CUANDO HAY
QUE IR AL CON-
CIERTO, ES DE
MI SUEGRA



¡Y CUANDO HAY QUE LLE-
VARLO AL TALLER, ES
MÍO!

Divertidas
aventuras
y los mejores
chistes
gráficos.
Para toda
la familia.

REVISTA

CONDORITO